

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

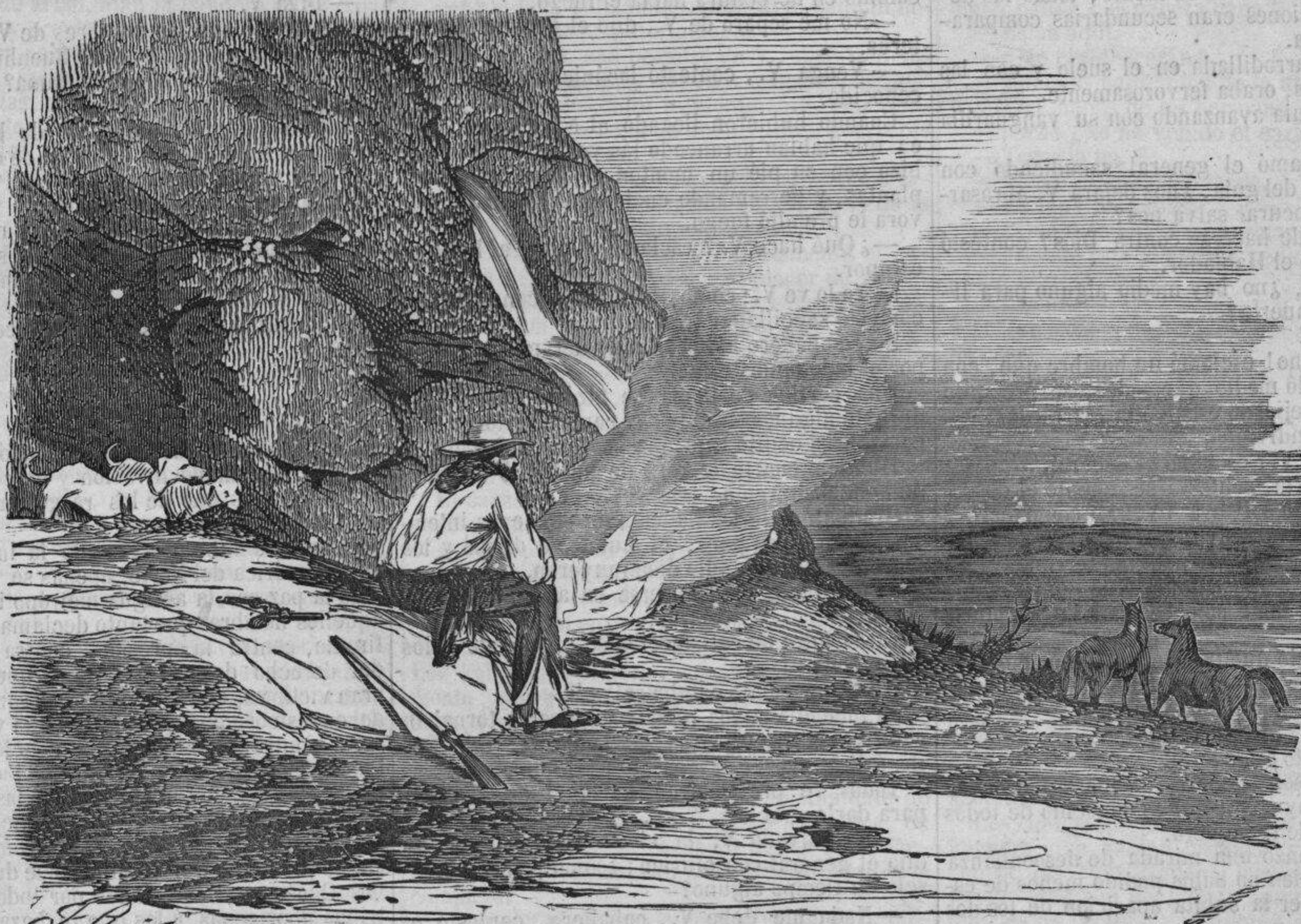
PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO Á DOMICILIO.

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »



LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

Este honorable era un cazador.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

POR D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el núm. 3.º)

Corazon Leal no había vacilado. Mientras los Indios corrían como demonios en torno de la barrera de llamas que acababan de oponer á sus enemigos, y lanzaban aullidos de alegría, el cazador, seguido de su amigo, se había precipitado á la carrera por entre dos murallas de fuego que á derecha é izquierda le perseguían silbando y amenazando reunirse á la vez bajo sus plantas y sobre su cabeza. En medio de los árboles calcinados que caían con estrépito, cegados por torbellinos de un humo denso que les cortaba la respiración, abrasados por nubes de chispas que de todas partes llovían sobre ellos, siguiendo de atrevidamente su carrera bajo una nube de

Lamas, los intrépidos aventureros habían atravesado, á costa de algunas quemaduras insignificantes, el recinto maldito en que los Indios creyeron encerrarlos y sepultarlos para siempre, y se hallaban ya muy lejos de sus enemigos cuando estos se aplaudían todavía por el buen éxito de su ardid.

Entre tanto, el incendio adquiría proporciones imponentes; los árboles del bosque se agitaban y retorcian bajo la acción del fuego; la pradera no era ya mas que una sábana de fuego, por la cual corrían locas de terror las fieras, á las que aquella catástrofe inesperada espulsaba de sus guaridas.

El cielo se había teñido de reflejos sangrientos, y un viento impetuoso arrastraba las llamas y el humo.

Los mismos Indios estaban asustados de su obra al ver en torno suyo montañas enteras que se incendiaban como siniestros faros, la tierra que se caldeaba, é inmensos rebaños de bisontes que hacían temblar el suelo en su carrera furiosa, lanzando bramidos de desesperación, que llenaban de terror á los hombres mas valientes.

En el campo de los Mejicanos todo se hallaba en el mayor desorden; había una confusión y un ruido espantoso; los caballos acababan de romper sus trabas y huían en todas direcciones; los hombres cogían sus armas y municiones, y otros se llevaban las sillas y los fardos.

Todos juraban, gritaban y daban órdenes; todos corrían por el campo como si se hubiese apoderado de ellos un vértigo.

El fuego avanzaba magestuosamente, devorándolo todo por donde pasaba, precedido de una multitud innumerable de animales de todas clases, que saltaban lanzando aullidos de terror, perseguidos por las llamas que á cada paso les alcanzaban.

Un humo espeso, sembrado de chispas, pasaba ya por encima del campo de los Mejicanos; con veinte minutos mas que trascurriesen, concluía todo para ellos.

El general, estrechando á su sobrina entre sus brazos, pedía en vano á los guías que le indicasen un medio de librarse del peligro inmenso que los amenazaba.

Aquellos hombres, aterrados por lo inminente

del peligro, habían perdido toda su serenidad.

Y luego, ¿qué medio había de emplearse? Las llamas formaban un círculo inmenso, cuyo centro era el campo mejicano.

Sin embargo, la fuerte brisa que hasta entonces había alizado el incendio prestándole alas, por decirlo así, había cesado repentinamente.

Ya no se sentía un soplo de aire.

La marcha progresiva del fuego fué mas lenta.

La Providencia concedía algunos minutos mas á aquellas criaturas desgraciadas.

En aquel momento, el campo mejicano ofrecía un aspecto singular.

Todos aquellos hombres, llenos de terror, habían perdido hasta el instinto de la conservación.

Los lanceros se confesaban unos á otros.

Los guías estaban sumidos en una desesperación sombría.

El general acusaba al cielo por su desgracia.

En cuanto al doctor, solo sentía la planta que no podría descubrir: en su mente, todas las demás consideraciones eran secundarias comparadas con aquella.

Doña Luz, arrodillada en el suelo y con las manos cruzadas, oraba fervorosamente.

El fuego seguía avanzando con su vanguardia de fieras.

—¡Oh! exclamó el general sacudiendo con fuerza el brazo del guía, ¿nos dejará V. abrasarnos así, sin procurar salvarnos?

—¿Qué puede hacerse contra Dios? contestó impasiblemente el Hablador.

—Segun eso, ¿no hay medio alguno para librarnos de la muerte?

—¡Ninguno!

—¡Sí, hay uno! exclamó un hombre que, con la cara y el pelo medio quemados, se precipitó en el campo mejicano escalando los fardos, seguido de otro individuo.

—¿Quién es V.? exclamó el general.

—Poco importa, contestó secamente el desconocido, ¡vengo á salvar á VV.! Mi compañero y yo estábamos ya en salvo; por acudir á socorrer á VV., hemos arrostrado peligros terribles: esto debe bastarle. Su salvación está en nuestras manos, y la ofrecemos: solo se trata de aceptarla ó no.

—Mande V. lo que juzgue oportuno, contestó el general, y yo seré quien primero dé el ejemplo de la obediencia.

—¿No trae V. guías consigo?

—Sí, contestó el general.

—Entonces son traidores ó cobardes, porque el medio que voy á emplear es conocido de todos los habitantes de la pradera.

El general lanzó una mirada de desconfianza al Hablador, quien no había podido menos de estremecerse al ver la súbita aparición de los dos desconocidos.

—Por lo demás, continuó el cazador, esa es una cuenta que ajustará V. mas tarde con ellos; en este momento no se trata de eso.

Los Mejicanos, al ver á aquel hombre determinado, de acento breve y enérgico, habían adivinado instintivamente que era un salvador; habían sentido que con el valor les volvía la esperanza, y se mantenían dispuestos á ejecutar sus órdenes con celeridad.

—Dése VV. prisa, dijo el cazador; arranquen todas las yerbas que rodean al campamento.

Todos pusieron manos á la obra.

—Nosotros, continuó el extranjero dirigiéndose al general, cojamos mantas mojadas y estendámoslas delante de los fardos.

El general, el capitán y el médico, guiados por el cazador, ejecutaron lo que este había mandado, mientras que su compañero cogía con su lazo á los caballos y mulas y los trababa en medio del campamento.

—¡Apresurémonos! apresurémonos! gritaba incesantemente el cazador, el incendio se acerca. Se aumentó el ardor de todos.

Muy luego fué despojado de yerba un espacio estenso.

Doña Luz miraba con admiración á aquel hombre singular, que había llegado de un modo tan

providencial, y que en medio del peligro horrible que les rodeaba, parecía estar tan sereno y tranquilo como si hubiese tenido el poder de mandar al incendio espantoso que se adelantaba hacia ellos á pasos ajigantados.

La jóven no podía apartar de él sus miradas; sentíase atraída, á pesar suyo, hacia aquel salvador desconocido cuya voz, cuyos gestos, cuya persona, en fin, le cautivaban.

Cuando las yerbas y las plantas quedaron arrancadas con esa rapidez febril que emplean para cuanto hacen los hombres que se hallan en peligro de muerte, el cazador se sonrió con dulzura.

—Ahora, dijo dirigiéndose á los Mejicanos, lo demás nos corresponde á mi amigo y á mi: déjenos obrar; en cuanto á VV., envuélvanse cuidadosamente en mantas mojadas.

Todos siguieron su consejo.

El desconocido dirigió una mirada en torno suyo, y después de hacer una seña á su compañero, caminó en derechura hacia el fuego.

—No me separo de V., dijo el general con interés.

—Venga V., contestó lacónicamente el desconocido.

Cuando hubieron llegado al extremo del sitio en que habían arrancado las yerbas, el cazador hizo con su pié un monton de leña seca y de plantas, y derramando encima un poco de pólvora le prendió fuego.

—¿Qué hace V.? exclamó el general lleno de estupor.

—Ya lo ve V.; combatir al fuego con el fuego, contestó sencillamente el cazador.

Su compañero había obrado del mismo modo por el lado opuesto.

Una cortina de llamas se alzó rápidamente y durante algunos minutos el campamento se encontró casi oculto bajo una bóveda de fuego.

Hubo un cuarto de hora de ansiedad terrible, de anhelo supremo.

Gradualmente las llamas fueron menos intensas, el aire mas puro, el humo se disipó y los bramidos del incendio disminuyeron.

Al fin pudieron conocerse en aquel caos terrible.

Un suspiro de satisfacción se exhaló de todos los pechos.

¡El campamento estaba salvado!

El incendio cuyos rancos sonidos se tornaban cada vez mas sordos, vencido por el cazador, iba á llevar sus estragos á otros puntos.

Todos se precipitaron hacia el desconocido para darle gracias.

—Ha salvado V. la vida de mi sobrina, le dijo el general con efusión; ¿cómo podré pagárselo en tiempo alguno?

—Nada me debe V., caballero, contestó el cazador con noble sencillez; en la pradera todos los hombres somos hermanos, y no he hecho mas que mi deber al venir á prestar auxilio.

Tan luego como pasaron los primeros momentos de alegría y se hubo restablecido algo en orden el campamento, cada cual se procuró un descanso que las emociones terribles de la noche hacían ser indispensable.

Los dos desconocidos, que habían rechazado con modestia, pero con energía, los ofrecimientos que el general les hiciera en el arrebató de su gratitud, se recostaron indolentemente sobre los fardos para descansar algunas horas.

Un poco antes de la salida del sol se levantaron.

—La tierra debe estar ya fria, dijo uno de ellos; partamos antes de que estas gentes despierten, porque acaso no querrian consentir que nos separásemos así de ellos.

—Partamos, contestó el otro lacónicamente.

En el momento en que trasponían los límites del campamento, una mano se apoyó levemente en el hombro del primero; este se volvió.

Doña Luz estaba delante de ellos.

Los dos hombres se detuvieron y saludaron respetuosamente á la jóven.

—¿Nos abandonan VV.? dijo ella con una voz dulce y melodiosa.

—Es preciso, señorita, contestó uno de los cazadores.

—Comprendo perfectamente, repuso la jóven con una sonrisa encantadora; ahora que, gracias á VV., estamos salvados, nada tienen ya que hacer aquí, ¿verdad?

Los dos hombres se inclinaron sin contestar.

—Concédame V. una gracia, dijo Doña Luz.

—Háble V., señora.

La jóven se quitó una crucecita de diamante muy linda, que llevaba al cuello, y dijo:

—Guarde V. esto como un recuerdo mio.

El cazador titubeó.

—Se lo suplico, murmuró la jóven con voz muy conmovida.

—Acepto, señora, dijo el cazador con emoción, colocando la cruz en su pecho al lado de su escapulario; tendré un talisman mas que añadir al que me dió mi madre.

—¡Gracias! contestó la jóven llena de júbilo. Una palabra mas...

—Diga V.

—¿Cuáles son los nombres de VV.?

—Mi compañero se llama Buenhumor.

—Pero... ¿y V. cómo se llama?

—¡Corazon Leal!

Y ambos cazadores después de haberse inclinado por segunda vez en señal de despedida, se alejaron rápidamente y tardaron muy poco en desaparecer entre la oscuridad.

Doña Luz les siguió con la vista mientras pudo distinguirlos; luego volvió hacia su tienda con paso lento y muy pensativa, murmurando á media voz:

—¡Corazon Leal! ¡Oh! yo lo recordaré.

VII.

LA SORPRESA.

Los Estados-Unidos han heredado de los Ingleses ese sistema de invasión y de continua usurpación que es uno de los rasgos mas marcados del carácter británico.

Apenas se hubo proclamado la independencia de la América del Norte; apenas se hubo estipulado la paz con la antigua metrópoli, cuando ya aquellos hombres que tanto declamaban contra la tiranía, contra la opresión, contra la violación del derecho de gentes, de la que decían que eran víctimas, con la implacable sangre fria que deben á su origen, organizaron una verdadera cacería contra los Indios, y no solo lo hicieron en toda la extensión de su territorio, sino que descontentos tambien con la posesión de las estensas regiones que su inquieto pueblo no alcanza, á pesar de su actividad, á desmontar por completo y á hacerlas producir, quisieron hacerse dueños de ambos Océanos, acorralando por todos lados á las tribus aborígenas, á las que rechazan incesantemente, y á las que, según las palabras proféticas y llenas de amarga desesperación de un viejo jefe indio, concluirán por ahogar en el Pacífico á fuerza de traiciones y perfidias.

En los Estados-Unidos, país acerca del cual comienzan á modificarse mucho las opiniones, pero al que algunas personas llenas de ceguera ó mal informadas se obstinan en representar todavía como la tierra clásica de la libertad, se encuentra esa anomalía odiosa de dos razas despojadas en provecho y beneficio de una tercera, que se arroga sobre ellas el derecho de vida y muerte, y que solo las considera como fieras ó animales de transporte.

Estas dos razas, tan acreedoras al interés de todos los hombres ilustrados y de los verdaderos amigos de la especie humana, son las razas roja y negra.

Verdad es que por otra parte, los Estados-Unidos para mostrar hasta qué extremo son filantrópicos, firmaron en el año de 1795 un tratado de paz y amistad con los Estados berberiscos, quienes les concedían ventajas incomparablemente mayores que las que les ofrecía la orden de Malta, que tambien quería estipular un tratado con ellos.

Tratado garantizado por las regencias de Argel y de Trípoli, y en el cual se dice positivamente que el gobierno de los Estados-Unidos no

está fundado en manera alguna en la religión cristiana.

A aquellos á quienes esto pueda parecer increíble, les contestaremos que es lógico, y que en materia de Dios, los Norte-americanos solo conocen uno: ¡el dios Dinero! que en todos tiempos ha sido el único que han adorado los piratas de todas las comarcas.

Dedúzcase la consecuencia.

Los *squatters* (1), esas gentes sin casa ni hogar, sin derecho ni ley, renegados por todas las naciones, y que son la vergüenza y la hez del pueblo norte-americano, avanzan incesantemente hacia el Oeste, y de desmonte en desmonte intentan espulsar á las tribus indias de sus últimos refugios.

Detrás de los *squatters* llegan cinco ó seis soldados, un tambor, un corneta y un oficial cualquiera, llevando una bandera sembrada de estrellas.

Estos soldados construyen un fuerte con algunos troncos de árbol, fijan la bandera en su parte culminante, y proclaman que las fronteras de la Confederación se estienden hasta allí.

Entonces, en torno del fuerte se construyen algunas chozas, se agrupa una población bastarda, compuesto heterogéneo de blancos, negros, rojos, cobrizos, etc., y hé ahí fundada ya una ciudad á la que dan un nombre sonoro y retumbante, como Utica, Siracusa, Roma ó Cartago, por ejemplo; y algunos años despues, cuando esta ciudad posee dos ó tres casas de piedra, se convierte de derecho en capital de un nuevo Estado que aun no existe.

Así pasan las cosas en aquel país: como se ve, es muy sencillo.

Algunos dias despues de los acontecimientos que hemos referido en el capítulo anterior, pasaba una escena singular en una posesion que apenas contaba dos años de existencia, situada á orillas del gran Canadense, en una posicion deliciosa al pié de una verde colina.

Aquella posesion se componia de unas veinte cabañas caprichosamente agrupadas unas junto á otras al abrigo de un fortin armado con cuatro cañoncillos de pequeño calibre, que dominaba el curso del rio.

Aquella aldea, tan jóven todavía, merced á la prodigiosa actividad americana, habia adquirido ya toda la importancia de una ciudad. Do tabernas estaban siempre llenas de bebedores; habia tres templos de sectas diferentes que servian para reunir á los fieles.

Por diferentes puntos iban y venian los habitantes con esa prisa y ese aspecto ocupado de las personas que trabajan seriamente y que se dedican á sus negocios.

Numerosos botes surcaban el rio, y carros cargados de mercancías caminaban en todas direcciones, rechinando sobre sus chillones ejes, y abriendo en la tierra profundos carriles.

Sin embargo, á pesar de todo este movimiento ó acaso por esto mismo, era fácil conocer que reinaba en la aldea cierta inquietud.

Los habitantes se interrogaban unos á otros, formábanse grupos en las puertas, y varios hombres, montados en vigorosos caballos, se lanzaban á manera de exploradores en diferentes direcciones, despues de haber tomado las órdenes del capitán que mandaba el fuerte, quien vestido de gran uniforme con un antejo en la mano y los brazos cruzados sobre el pecho, se paseaba apresuradamente por la esplanada del fortin.

Los botes fueron atracando sucesivamente á la orilla, los carros fueron desenganchados, los caballos de tiro y el ganado encerrados en las cuadras y corrales, y la población entera se halló reunida en la plaza de la aldea.

El sol declinaba rápidamente hacia el horizonte; dentro de poco tiempo iba á anochecer, y los ginetes enviados á las inmediaciones se hallaban de regreso.

—Ya lo ven VV., dijo el capitán á los habitantes reunidos, nada tenemos que temer; solo era una falsa alarma; pueden VV. retirarse tranquilamente.

(1) Conservamos la palabra inglesa *squatter*, que el Diccionario de Velazquez define de este modo: «Advenedizo, entremetido, injusto, ocupante.» (N. del T.)

lamente á sus moradas, pues no se ha encontrado rastro alguno de Indios en veinte millas á la redonda.

—No importa, observó un cazador mestizo apoyado sobre su escopeta; los Indios tardan muy poco en recorrer veinte millas.

—Es muy posible, *Ojos Blancos*, contestó el comandante; pero esté V. persuadido de que si he obrado de este modo, ha sido únicamente con el objeto de tranquilizar á la población; los Indios no se atreverán á vengarse.

—Los Indios siempre llegan á vengarse, capitán, dijo sentenciosamente el viejo cazador.

—Ha bebido V. demasiado *Whisky* (1), *Ojos Blancos*; se le ha subido á V. á la cabeza, y sueña V. despierto.

—Dios quiera que tenga V. razon, capitán; pero he pasado toda mi vida en los desmontes, conozco las costumbres de los Pielés Rojas, mientras que V. solo hace dos años que se halla en las fronteras.

—Es lo muy suficiente, contestó el capitán interrumpiéndole perentoriamente.

Sin embargo, con permiso de V., diré que los Indios son hombres, y los dos Comanches que fueron asesinados aquí traidoramente, con menosprecio del derecho de gentes, eran guerreros afamados en su tribu.

—*Ojos Blancos*, es V. un mestizo, y tiene todavía en su sangre demasiada mezcla de la de la raza roja, dijo el capitán con ironía.

—La raza roja, replicó orgullosamente el cazador, es leal; no asesina por el placer de derramar sangre como lo verificó V. mismo hace cuatro dias con aquellos dos guerreros inofensivos que pasaban en su bote, bajo el pretexto de probar un fusil nuevo que habia V. recibido de *Acrópolis*.

—¡Está bien! basta! Dispénsame V. de oír sus comentarios, *Ojos Blancos*, pues no tengo necesidad de sufrir observaciones de V.

El cazador saludó con torpeza, se echó la escopeta al hombro y se retiró murmurando:

—No importa; la sangre derramada clama venganza, los Pielés Rojas son hombres, y no dejarán impune el crimen.

—El capitán entró en el fuerte visiblemente disgustado por lo que le habia dicho el mestizo. Los habitantes fueron dispersándose sucesivamente, despues de haberse dado las buenas noches, y se encerraron en sus casas, con esa indiferencia peculiar de los hombres acostumbrados á aventurar su vida á cada instante.

Una hora despues era ya completamente de noche; densas tinieblas envolvian á la aldea, en la que los habitantes, cansados de las duras faenas del dia, descansaban en la tranquilidad mas completa.

Los exploradores enviados á la caída de la tarde por el capitán, habian cumplido mal su deber, ó no estaban acostumbrados á la astucia y estratagemas de los Indios; pues á no ser así, no habrían inspirado á los colonos, con los partes que dieron, una confianza engañosa.

A una milla escasa de la aldea, ocultos y confundidos entre los espesos matorrales y los árboles enredados unos con otros de una selva virgen, cuyo lindero habia comenzado á caer bajo el hacha incansable de los desmontadores, doscientos guerreros comanches de la tribu de la *Serpiente*, conducidos por varios jefes afamados, en cuyo número se hallaba Cabeza de Aguila, quien, á pesar de su herida, habia querido formar parte de la expedición, aguardaban con esa paciencia india que nada alcanza á cansar, á que llegase el momento propicio para vengar de una manera terrible el insulto que se les habia inferido.

Así trascurrieron varias horas, sin que el silencio de la noche fuese turbado por ruido alguno.

Los Indios, inmóviles como estatuas de bronce, aguardaban sin mostrar la menor impaciencia.

Hacia las once de la noche salió la luna, iluminando el paisaje con sus argentinos reflejos.

(1) Aguardiente destilado con plantas aromáticas. (N. del T.)

En el mismo instante se oyó por dos veces consecutivas, el lejano aullido de un perro.

Cabeza de Aguila, separándose entonces del árbol en que estaba escondido, comenzó á arrastrarse con extraordinaria destreza y velocidad, en direccion á la aldea.

Cuando hubo llegado al lindero del bosque, se detuvo, y despues de haber dirigido en torno suyo una mirada investigadora, imitó el relincho del caballo con tanta perfección, que dos caballos de la aldea le contestaron inmediatamente.

Dos segundos despues se reunia con él un hombre.

Era *Ojos Blancos*, el viejo cazador.

Una sonrisa siniestra arqueaba sus delgados labios.

—¿Qué hacen los blancos? preguntó el jefe.

—Duermen, contestó el mestizo.

—¿Me los entregará mi hermano?

—Daré con tal que me den.

—Un jefe no tiene mas que una palabra. ¿La mujer pálida y la cabeza cana?

—Están aquí.

—¿Me pertenecerán?

—Todos los habitantes de la aldea serán entregados en manos de mi hermano.

—¡Och! ¿No ha venido el cazador?

—Todavía no.

—Llegará demasiado tarde.

—Es muy probable.

—¿Qué dice ahora mi hermano?

—¿Dónde está lo que he pedido al jefe? preguntó el cazador.

—Las pieles, las escopetas y la pólvora están á retaguardia, custodiadas por mis guerreros jóvenes.

—Fío en el jefe, repuso el cazador; pero si me engaña.....

—Un indio no tiene mas que una palabra.

—¡Está bien!..... entonces, cuando el jefe quiera.

Diez minutos despues, los Indios eran dueños de la aldea, cuyos habitantes todos, despertados unos despues de otros, habian sido hechos prisioneros sin disparar un tiro.

El fuerte estaba circunvalado por los Comanches, quienes despues de haber amontonado al pié de sus murallas troncos de árboles, los carros, los muebles y todos los aperos de labranza de los desesperados colonos, solo aguardaban una orden de su jefe para comenzar el ataque.

De pronto se percibió una forma vaga en la parte superior del fuerte, y el grito del gavilán acuático cruzó el espacio.

Los Indios prendieron fuego á la especie de hoguera que habian formado y se precipitaron contra las empalizadas, lanzando todos á un tiempo ese grito de guerra horrible y estridente que les es peculiar, y que en las fronteras es siempre la señal de la matanza.

VIII.

LA VENGANZA INDIA.

La posicion de los Americanos era en extremo crítica.

El capitán, sorprendido por el ataque silencioso de los Comanches, habia despertado lleno de sobresalto al oír el espantoso grito de guerra que aquellos lanzaron tan luego como prendieron fuego á los combustibles amontonados delante del fuerte.

El valiente oficial, saltando de la cama, y deslumbrado un momento por los rojizos resplandores de las llamas, se medio vistió apresuradamente y se precipitó con sable en mano hacia el lado en que descansaba la guarnición, la cual habia tomado ya las armas y se dirigia á su puesto con ese valor frío y sereno que distingue á los *Yankees*.

¿Pero qué habian de hacer?

La guarnición, incluso el capitán, se componia de doce hombres.

Con tan escasa fuerza numérica, ¿cómo habia de resistir el capitán á los Indios, cuyas diabólicas siluetas veía dibujarse fantásticamente á los siniestros reflejos del incendio?

El oficial lanzó un suspiro.

— ¡Somos perdidos! murmuró.

En los incesantes combates que se sostienen en las fronteras indias, son completamente desconocidas las leyes de nuestras guerras civilizadas.

El *ca victis* reina allí en toda la acepción de la palabra.

Los enemigos encarnizados que combaten unos contra otros con todo el refinamiento de la barbarie, no piden ni conceden cuartel.

Así, pues, toda lucha es cuestión de vida ó muerte.

Tal es la costumbre.

El capitán lo sabía, y por eso no se hacía ni ilusiones acerca de la suerte que le esperaba si caía en manos de los Comanches.

Había cometido la falta de dejarse sorprender por los Pieleros, y tenía que sufrir las consecuencias de su imprudencia.

Pero el capitán era un militar valiente; persuadido de que no podía salir sano y salvo de la situación en que se hallaba, al menos quiso sucumbir con honra.

Los soldados no necesitaban que les escitasen para cumplir con su deber; sabían, lo mismo que su capitán, que no les quedaba probabilidad alguna de salvación.

Así, pues, los defensores del fuerte se situaron resueltamente detrás de las barricadas, y comenzaron a fusilar a los Indios con una exactitud y una puntería tan certera, que les causaron grandes pérdidas.

La primera persona a quien el capitán vio al subir a la plataforma del fortín, fué al viejo cazador Ojos Blancos.

— ¡Ah! murmuró el oficial para sí, ¿qué hace aquí este hombre?..... ¿Cómo ha llegado a este sitio?

Sacando entonces una pistola de su cinto, se fué en derechura al mestizo, y cogiéndole por la garganta le apoyó la boca del cañón en el pecho, diciéndole con esa sangre fría que los Americanos han heredado de los Ingleses, y que han aumentado considerablemente:

— ¿De qué modo se ha introducido V. en el fuerte, viejo mochuelo?

— ¡Eh! por la puerta, según parece, contestó el mestizo sin inmutarse lo más mínimo.

— ¡Calle! ¿Según eso, sois brujo?

— Puede ser.

— Basta de burlas, sangre mezclada: ¡nos ha vendido V. a los Pieleros!

Una sonrisa siniestra iluminó el rostro del mestizo; el capitán lo observó.

— ¡Pero su traición no ha de aprovecharle, miserable! dijo con voz de trueno; ¡ha de ser V. la primera víctima de ella!

El cazador se de-embarazó por medio de un movimiento brusco é inesperado; en seguida dió un salto hácia atrás, y echándose la escopeta a la cara, dijo con acento feróz:

— ¡Eso lo veremos!

Aquellos dos hombres, colocados uno en frente de otro en aquella angosta plataforma iluminada por los siniestros reflejos del incendio, cuya intensidad aumentaba por momentos, tenían una expresión aterradora para el espectador a quien le hubiese sido lícito contemplarlos a sangre fría.

Cada uno de ellos personificaba en sí a las dos razas que se hallan frente a frente en los Estados-Unidos, y cuya lucha no concluirá sino con la extinción completa de la una en provecho de la otra.

A sus pies, el combate adquiría las proporciones gigantescas de una epopeya.

Los Indios, llenos de rabia y lanzando gritos terribles, se precipitaban contra los atrinchamientos, en donde los Americanos los recibían con descargas a quema-ropa ó a bayonetazos.

Pero el fuego seguía ganando terreno, los soldados iban cayendo unos después de otros: muy luego quedaría todo concluido.

A la amenaza de Ojos Blancos, solo contestó el capitán con una sonrisa de desprecio.

Con la rapidez del rayo tiró un pistoletazo al cazador; este dejó caer su escopeta: su brazo derecho estaba roto.

El capitán se arrojó sobre él lanzando un rugido de alegría.

El mestizo fué derribado por aquel choque imprevisto.

Entonces su enemigo le apoyó una rodilla en el pecho, y mirándole un instante, le dijo con amarga sonrisa.

— ¡Vamos! ¿Me he equivocado?

— No, contestó el mestizo con voz firme, soy un necio, y mi vida te pertenece: ¡mátame!

— Tranquilízate, que te reservo una muerte india.

— Apresúrate si quieres vengarte, repuso el cazador con ironía, porque dentro de un instante será demasiado tarde.

— Aun me queda tiempo suficiente..... ¿Por qué nos has hecho traición, miserable?

— ¿Qué te importa?

— Quiero saberlo.

— ¡Pues bien! queda satisfecho, dijo el cazador después de un momento de silencio. Los blancos, tus hermanos, son los verdugos de toda mi familia: he querido vengarme.

— Pero nosotros nada te habíamos hecho.

— ¿Acaso no sois blancos? Mátame, y que todo concluya: puedo morir gozoso, porque numerosas víctimas me seguirán a la tumba.

— Pues bien; ya que es así, dijo el capitán con una sonrisa siniestra, voy a enviarte a que te reúnas con tus hermanos. Ya ves que soy un adversario leal.

Entonces, apoyando fuertemente su rodilla sobre el pecho del cazador, a fin de impedir que pudiese sustraerse al castigo que le reservaba, le dijo:

— ¡A lo indio!

Y desenvainando su cuchillo, cogió con la mano izquierda la poblada y ruda cabellera cana del mestizo, y se la arrancó con singular destreza.

El cazador no pudo contener un grito espantoso de dolor al sentir aquella mutilación terrible; la sangre corría con abundancia de su cráneo desnudo, é inundaba su rostro.

— ¡Mátame! dijo, mátame! que este dolor es horrible!

— ¿Lo crees así? dijo el capitán.

— ¡Oh! mátame! mátame!

— ¡Quita allá! contestó el oficial encogiéndose de hombros; ¿me tomas por un carnicero?.... no, voy a entregarte a tus dignos amigos.

Entonces cogió de las piernas al cazador, le arrastró hasta la orilla de la plataforma, y le empujó con el pié.

El miserable procuró instintivamente sujetarse, agarrándose con la mano izquierda al extremo de una viga que salía por la parte de fuera.

Durante un momento quedó suspendido en el espacio.

Ofrecía un espectáculo hediondo: su cráneo estaba despojado de la piel; su rostro, por el cual corría incesantemente un chorro de sangre negra, contraído por el sufrimiento y el terror, y todo su cuerpo agitado por movimientos convulsivos, inspiraban horror y repugnancia.

— ¡Compasión! compasión! murmuraba.

El capitán le miraba con la sonrisa en los labios y los brazos cruzados sobre el pecho.

Pero los cansados nervios del miserable no pudieron sostenerle por más tiempo, y sus crispados dedos soltaron la viga a que se habían agarrado con la energía de la desesperación.

— ¡Maldito seas, verdugo! gritó con un acento de rabia suprema.

Y cayó.

— ¡Buen viaje! dijo el capitán con acento burlón.

Un clamor inmenso se alzó en la puerta del fuerte.

El capitán se precipitó a socorrer a los suyos. Los Comanches se habían apoderado de las barricadas.

Precipitábanse tumultuosamente al interior del fortín, asesinando y arrancando la piel del cráneo a cuantos enemigos encontraban en su camino.

Solo cuatro soldados americanos quedaban en pié.

Los demás habían muerto.

El capitán se atrincheró en medio de la escalera que conducía a la plataforma.

— Amigos míos, dijo a sus compañeros, podéis morir sin pesar, porque he dado muerte al que nos ha hecho traición.

Los soldados contestaron con un grito de entusiasmo y de júbilo a aquel consuelo de nueva especie, y se dispusieron a vender muy caras sus vidas.

Pero entonces ocurrió una cosa incomprensible.

Los gritos de los Indios habían cesado como por encanto.

El ataque estaba suspendido.

— ¿Qué hacen? murmuró el capitán; ¿qué nueva diablura inventan esos demonios?

Cabeza de Aguila, cuando se vio ya dueño de todas las avenidas del fuerte, mandó interrumpir el combate.

Los colonos apresados en la aldea fueron conducidos ante su presencia, unos después de otros. Eran doce, entre los cuales se encontraban cuatro mujeres.

Cuando aquellos doce desgraciados estuvieron, pálidos y temblorosos, delante de él, Cabeza de Aguila mandó que colocasen a las mujeres a un lado.

En seguida dió orden de que los hombres desfilasen uno por uno por delante de él; los miraba atentamente, y en seguida hacia una seña a los guerreros situados junto a él.

Estos se apoderaban inmediatamente de los Americanos, les cortaban ambas manos a machetazos, les arrancaban la piel del cráneo, y en seguida los empujaban dentro del fuerte.

Siete colonos habían sufrido este tormento espantoso.

Solo quedaba uno.

Era este un anciano de elevada estatura, delgado, pero bien conservado todavía: sus cabellos blancos como la nieve, caían sobre sus hombros; sus ojos negros chispeaban; pero sus facciones permanecían inmóviles; aguardó con aparente impasibilidad a que Cabeza de Aguila decidiese acerca de su suerte, y le enviase a reunirse con los desventurados que le habían precedido.

Sin embargo, el jefe comanche le miraba con extraordinaria atención.

Al fin se dulcificó la expresión de las facciones del salvaje, y una sonrisa arqueó sus labios.

— ¿Usted no conoce, amigo? le dijo en mal español y con el acento gutural de su raza.

El anciano se estremeció al oír estas palabras, y miró a su vez al indio.

— ¡Oh! dijo lleno de sorpresa, el Gallo.

— ¡Bah! contestó el jefe lleno de satisfacción, soy un amigo de la Cabeza Gris; los Pieleros no tienen dos corazones: mi padre me salvó la vida, mi padre vendrá a mi choza.

— Gracias, jefe, acepto la proposición de V., dijo el anciano estrechando afectuosamente la mano que le tendía el indio.

Y fué presuroso a colocarse junto a una mujer de cierta edad, de noble semblante, cuyas facciones marchitas por las pesadumbres, conservaban, sin embargo, las huellas de una gran hermosura.

— ¡Bendito sea Dios! dijo aquella mujer con efusión cuando el anciano se reunió con ella.

— Dios nunca abandona a los que en él depositan su confianza, contestó el anciano.

Entre tanto los Pieleros representaban las últimas escenas del drama horrible a que está asistiendo el lector.

Cuando todos los colonos estuvieron encerrados en el fuerte, reanimaron el incendio con cuantos combustibles pudieron hallar a la mano, y una barrera de flamas, separó para siempre del mundo a los desventurados Americanos.

Muy luego no era ya el fuerte más que una hoguera inmensa, de la que salían gritos de dolor mezclados de vez en cuando con detonaciones de armas de fuego.

Los Comanches, impasibles, vigilaban desde cierta distancia los progresos del incendio, y sonreían como demonios al contemplar su venganza.

Las llamas se habían apoderado de todo el edificio y subían con espantosa rapidez, iluminando

el desierto á larga distancia cual lúgubre faro.

En la parte alta del fuerte se veía á algunos individuos que se agitaban llenos de desesperación, mientras que otros, arrodillados, parecía que imploraban la misericordia divina.

De pronto se oyó un crujido horrible; un grito de suprema agonía se alzó hácia el cielo, y el fuerte se hundió en la hoguera candente que le minaba, haciendo saltar millones de chispas.

¡Todo habia concluido!

¡Los Americanos habian sucumbido!

Los Comanches hincaron un mástil enorme en el sitio en que habia estado la plaza de la aldea; en su parte mas alta colocaron una hacha, cuyo hierro estaba teñido en sangre, y alrededor clavaron las manos de los colonos.

En seguida, despues de prender fuego á las pocas cabañas que aun estaban de pié, Cabeza de Aguila dió la orden para marchar.

Las cuatro mujeres y el anciano, únicos seres que habian sobrevivido á la poblacion de aquel desventurado desmonte, siguieron á los Comanches.

Y un silencio lúgubre reinó sobre aquellas ruinas humeantes que acababan de ser teatro de tantas escenas horribles.

IX.

EL FANTASMA.

Eran próximamente las ocho de la mañana; el alegre sol del otoño iluminaba la pradera de un modo espléndido.

Los pajaros revoloteaban de un lado á otro lanzando gritos singulares, mientras que otros, ocultos en lo mas espeso de la enramada, formaban conciertos melodiosos. De vez en cuando, un gamo mostraba su asustada cabeza por encima de la yerba y desaparecía á lo lejos saltando.

Dos ginetes vestidos con el traje de los cazadores de los bosques, montados en magníficos caballos medio salvajes, caminaban al trote largo, por la orilla izquierda del gran Canadense, mientras que varios sabuesos pelinegros, con machos de color de fuego en los ojos y en el pecho, corrian y saltaban en torno suyo.

Aquellos ginetes eran Corazon Leal y Buenhumor.

Corazon Leal, contra su costumbre, parecia sentir la mas viva alegría; su rostro estaba radiante y fijaba una mirada complacida en cuanto le rodeaba. De vez en cuando se paraba y dirigia su vista á lo lejos, como si buscara en el horizonte algun objeto que no podia distinguir todavía. Entonces haciendo un movimiento de despecho, volvía á ponerse en marcha para repetir la misma maniobra cien pasos mas allá.

—¡Eh! pardiez! le dijo Buenhumor riendo, ya llegaremos, descuide V.

—¡Caramba! lo sé muy bien; pero quisiera estar ya allá! ¡Para mí, los únicos momentos de felicidad que Dios me concede, son los que paso al lado de la persona á quien vamos á ver! ¡Mi madre! mi madre querida! que por mí lo dejó todo, lo abandonó todo sin sentimiento y sin vacilar! ¡Oh! qué bueno es tener una madre! poseer una corazon que comprende al nuestro! que hace completa abnegacion de sí mismo para absorberse en el nuestro! que vive con nuestra existencia! regocijándose con nuestros gozes, entristeciéndose con nuestras penas! que divide nuestra vida en dos partes, reservándose la mas dura y pesada, y dejándonos la mas ligera y fácil! ¡Oh! Buenhumor! para comprender bien lo que es ese ser Divino compuesto de abnegacion y de amor, á quien llaman madre, es preciso haber estado privado de ella, como yo, durante muchos años, y luego haberla vuelto á encontrar de improviso mas cariñosa, mas adorable que nunca! ¡Qué lentamente avanzamos! ¡Cada minuto de retraso, es un beso de mi madre que me roba el tiempo! ¿No hemos de llegar nunca?

—Ya estamos en el vado.

—No sé por qué; pero un temor secreto me oprime el corazon, un presentimiento indefinible me hace temblar á pesar mio.

—Deseche V. esas ideas lúgubres, amigo mio:

dentro de breves instantes estará V. al lado de su madre.

—Asi será, ¿no es cierto? y sin embargo, no sé si me equivoco; pero no parece sino que el campo no tiene su acostumbrado aspecto; ese silencio que reina en torno nuestro, esa soledad que nos rodea, no me parecen naturales; estamos ya cerca de la aldea, deberiamos oír los ladridos de los perros, el canto de los gallos y esos mil rumores que anuncian la proximidad de los sitios habitados.

—En efecto, dijo Buenhumor con vaga inquietud, todo está muy silencioso en torno nuestro.

Los viajeros se hallaban en un sitio en que el río formaba un recodo brusco: sus orillas, profundamente encajonadas, cubiertas de enormes trozos de roca y espesos matorrales, no permitian que la vista alcanzase á lo lejos.

La aldea, á la cual se dirigian los cazadores, apenas distaba un tiro de fusil del vado por donde se disponian á pasar el río; pero se hallaba completamente invisible por razon de la configuracion del terreno.

En el momento en que los caballos ponian los piés en el agua, hicieron un movimiento brusco para retirarse, y los sabuesos lanzaron uno de esos aullidos lastimeros, peculiares de su raza, que hielan de espanto al hombre mas valiente.

—¿Qué es eso, murmuró Corazon Leal poniéndose pálido como un cadáver y dirigiendo en torno suyo una mirada estraviada?

—¡Vea V.! contestó Buenhumor, y con el dedo enseñó á su compañero varios cadáveres que arrastraba el río y que iban entre dos aguas.

—¡Oh! exclamó Corazon Leal, ¡aquí ha ocurrido algun suceso espantoso! ¡Madre mia! madre mia!

—No se asuste V. así, dijo Buenhumor; sin duda estará en seguridad.

Corazon Leal, sin escuchar los consuelos que le prodigaba su amigo, y que este mismo no creía, clavó las espuelas en los hijares de su caballo y se precipitó al río.

Muy luego llegaron á la orilla opuesta.

Entonces quedó todo explicado.

Tenian delante de sí la escena de desolacion mas completa y espantosa que se puede imaginar.

La aldea y el fuerte no eran ya mas que un monton de ruinas.

Un humo negro, denso y nauseabundo subia en prolongadas espirales hácia el cielo.

En medio de la aldea se alzaba un mástil en el cual estaban clavados miembros humanos, que algunos *urubus* se disputaban lanzando fuertes gritos.

En varios puntos yacian cadáveres medio devorados por las fieras y los buitres.

Ningun ser viviente aparecía.

Nada habia quedado intacto: todo estaba destruido ó derribado. A la primera ojeada se conocía que los Indios habian pasado por allí con su rabia sanguinaria y su odio inveterado contra los blancos. Sus pasos estaban profundamente grabados con letras de fuego y de sangre.

—¡Oh! exclamó el cazador estremeciéndose, ¡mis presentimientos eran un aviso del cielo! ¡Madre mia! madre mia!

Corazon Leal se dejó caer al suelo lleno de desesperacion, ocultó la cara entre ambas manos.... y ¡lloró!

El dolor de aquel hombre dotado de un temple de alma tan fuerte, de un valor á toda prueba, y á quien ningun peligro podia causar sorpresa, era como el del leon, tenia un aspecto aterrador.

Sus sollozos, que parecían ruidos, le desgarraban el pecho.

Buenhumor respetó el dolor de su amigo: ¡qué consuelo podia ofrecerle? Mas valía dejar correr su llanto y dejar al primer parasismo de la desesperacion el tiempo suficiente para calmarse, pues habia la seguridad de que aquella naturaleza de bronce no se dejaría abatir mucho, y de que muy luego se verificaria una reaccion que le permitiese obrar.

Únicamente, el canadense, con ese instinto innato en los cazadores, comenzó á registrar por todas partes, esperando encontrar algun indicio

que mas tarde le sirviese para dirigir sus pesquisas.

Despues de haber dado muchas vueltas en torno las ruinas, unos ladridos que creyó conocer, le atrajeron de improviso hácia un matorral que distaba pocos pasos.

Adelantose precipitadamente: un sabueso parecido á los suyos saltó alegremente entre sus piernas y le abrumó con sus locas caricias.

—¡Oh! oh! dijo el cazador. ¿Qué significa esto? ¿quién ha atado así al pobre Trim?

Corrió la cuerda que sujetaba al perro y entonces vió que tenia al cuello un papel cerrado en cuatro dobleces y cuidadosamente atado.

Se apoderó de él y corrió presuroso á reunirse con Corazon Leal.

—¡Hermano, le dijo, tenga V. esperanza!

El cazador sabia que su amigo no era hombre que le prodigase consuelos vulgares, y alzó su rostro bañado en llanto.

El perro, tan luego como se vió libre, echó á correr con increíble velocidad, lanzando esos ladridos breves y cortados de los sabuesos que han encontrado un rastro.

Buenhumor, que previó aquella fuga, se habia apresurado á atar su corbata al cuello del animal.

—¡No se sabe lo que puede suceder! murmuró el Canadense al ver desaparecer al perro.

Y despues de esta reflexion fué á reunirse con su amigo.

(Se continuará.)

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.
(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 3.º)

—Escusad, pues, esta debilidad, señora; me entrego á vuestras burlas; pero os lo he dicho: aquí he encontrado una familia, amigos, una generosa hospitalidad, y será un voto pueril sin duda, pero es sincero, y estoy resuelto á conservar esta prenda, á la que debo todos estos bienes; y si algun sacrificio....

—Eso es muy bonito, dijo la señora con un tono un poco burlon y una voz un poco dormida. Pues bien: si yo os pidiese el menor sacrificio de vuestras gustos, de vuestros mas pueriles caprichos, el sabio, el filósofo Jorge, tan reconocido, tan agradecido ahora mismo, ¿no me lo haría?

—Señora, ¿podeis creer en tanta ingratitud?

—Dadme ese alfiler, dijo con voz apagada cerrando sus hermosos ojos.

Comenzaba Jorge á hallarse en una posicion muy embarazosa.

—Voy teniendo sueño, añadió: estas flores de azahar que nos rodean me embriagan con su aroma. Jorge, sois exigente, no dais nada por nada. Quiero hacer un cambio con vos. ¿Veis esta flor? Yo no se la daría á todo el mundo; sin embargo, es vuestra si prendéis vuestro alfiler en este lazo de color de rosa.... ¡Yo lo quiero.

Parecía dormir verdaderamente: la conversacion se hallaba interrumpida; la posicion era insostenible.

La hermosa señora se hallaba recostada muellemente sobre el divan. Jorge la contemplaba como artista; lejos de su corazon puro cualquier otro pensamiento.

—Es la *Antiope* del Corregio, se decía á sí mismo. ¡Qué cuadro tan admirable!

Y miraba la hermosa flor del granado que brillaba sobre su dormido seno; y me miraba tambien á mí, pobre alfilerito, no atreviéndose á dar un paso ni á pronunciar una palabra.

Entonces vi alzarse detrás del sofá una aparición feliz é inesperada. Habéis visto en un célebre cuadro de Ingres una musa colocada en el fondo del cuadro, estendiendo sus brazos sobre la cabeza pensativa de un gran compositor; así el esbelto talle de Borghese se alzaba sobre el diván donde dormía la Antiópe. Hizo una señal de inteligencia á Jorge, que desapareció súbitamente en medio de las matas y de los árboles, satisfecho de aquel desenlace, y sacando, por decirlo así, libre su alfiler de aquel juego.

Borghese le siguió con la vista sonriéndose; prendió ligeramente un alfiler al lazo de color de rosa; desprendió la flor con precaución, y después, aplicando un gran beso sobre la mejilla de la bella dormida, desapareció por el otro lado del jardín.

¿Dormía Antiópe, ó solo estaba aletargada? No se sabe. Sin embargo, un sonrosado tan vivo como el de la flor del granado, cubrió inmediatamente su frente y sus lindas mejillas. Abrió los ojos, miró en derredor de sí y no halló á nadie.

—¡Impertinente! exclamó..... Y mirando á su cinturón no encontró ya la flor, y mirando á la cinta encontró prendido el alfiler..... y llevó la mano á sus ojos.

Llorad, noble señora, llorad; porque, á pesar de vuestras locuras, aun os queda todavía este sentimiento del honor y del deber. La indolencia, el fastidio, el egoísmo os arrastran á buscar á toda costa lo desconocido. ¿No veis en torno vuestro bastantes miserias que socorrer, bastantes lágrimas que enjugar, bastantes bienes que derramar, vos que no teneis mas que abrir la mano para hacer felices? Al través de los espesos muros de vuestro espléndido palacio, bajo las dobles colgaduras de vuestros salones, ¿no oís todavía la lastimera voz que se levanta y os implora? ¿No tienen eco esos gemidos en vuestro corazón? Olvidais la sola, verdadera, pura felicidad, y correis en busca de aventuras y de peligros para pasar el tiempo.

Mas no es nada, decís; es un alfiler, es una flor cualquiera, es una mano que toca á otra mano. ¿Y no es nada alterar por vuestros maleficios la pureza del niño que debíais proteger, turbar con vuestros encantos la calma de una irreprochable conciencia? Y vos misma, ¿á dónde vais á parar? ¿Créis que es fácil contenerse una vez colocado en la pendiente?

La voz oculta que así hablaba, era la tardía voz de la conciencia. Madame Wolff amaba y respetaba á su marido, que la hacia feliz, y que era para ella el mas tierno de los padres. A pesar de todas sus inconsecuencias, y las de su origen criollo, su inesperienza, su juventud y su carácter inconsiderado y emprendedor, la arrastraban algunas veces. Era verdaderamente una honrada y fidelísima esposa. Encontróse, pues, con la mayor confusion al haber sido tratada con tan poco respeto: comprendió que iba á establecerse un secreto entre ella y Jorge, é indignábase vivamente. Volvióse, pues, pensativa á su aposento, incierta de la conducta que debía observar.

XII.

LA DESGRACIA.

No se hallaba Jorge, por su parte, satisfecho de cómo habia pasado el día. Le pareció que habia faltado á su deber escuchando aquella frívola conversacion, y se acordó que apenas le quedaba tiempo de llegar á una cita que tenia con un célebre artista.

En efecto, era demasiado tarde: el artista habia ido al Jardín de plantas, en donde tenia una cátedra y daba sus lecciones.

Los jardines públicos en Paris son una especie de prados donde los hombres civilizados van á las horas de distraccion y recreo á respirar el polvo y á no tomar el fresco. El Jardín de plantas es una feliz escepcion de esto; y como se ha descrito tantas veces y con tanta exactitud, no tenemos necesidad de recordar el misterio de sus laberintos, la gracia de sus casitas rústicas, donde descansan los animales; las pajareras en donde

hay revoloteando aves de todos los climas del mundo; ostentando la riqueza de sus pintadas plumas; ni las estufas en donde se desenvuelve, al abrigo del rigor del clima, una magnífica y brillante vegetacion propia de los trópicos.

Sigamos, pues, á Jorge que atraviesa por enmedio de todas aquellas maravillas para llegar al edificio en donde estaba la escuela del célebre profesor. ¡Qué curioso y extraño espectáculo! ¡Qué escena digna de las fantasías de una noche de verano! En una vasta sala, alumbrada por un gran número de altas ventanas, se ven sus paredes guarnecidas de frascos, en los que están encerrados los seres mas deformes: las monstruosas serpientes, los asquerosos sapos, los viscosos pulpos, las salamandras, los dragones fantásticos, nadando en espíritu de vino cual frutas en conserva.

Si se levantan los ojos al techo, allí se ve uno amenazado por creaciones mas estrañas y horrosas: hay allí colgados cocodrilos con sus largas mandíbulas abiertas, aligatores, serpientes boas con sus anillos enroscados en espiral, grandes peces armados de una sierra, ó de un espadon, focas, ballenas cuya boca abierta parece que está aguardando á tragarse uno de los espectadores; en fin, seres monstruosos que no se ven en ninguna otra parte mas que allí.

Dominando el terror ó el horror que inspiran aquellas monstruosas criaturas perfectamente conservadas; si se bajan los ojos hacia el personal de aquella sala de estudio, ¡qué variado y divertido contraste forma!

En cada mesa, enfrente de una ventana, está sentada una jóven vestida con el descuido y la indiferencia propias de personas que hacen su principal ocupacion del estudio. Delante de ellas hay un ramo de flores, ó un elegante modelo. La atencion allí es general, permanente, y solo se oye una conversacion á media voz y con sonrisas entre las que estan inmediatas. Se da un consejo con benevolencia, se recibe un saludo con sonrisa. ¡Aquellas mujeres, aquellas jóvenes, aquellos ramos verdes, aquellas perfumadas flores, aquellas frutas, aquel trabajo inteligente y gracioso, es el mas delicioso espectáculo para un observador!

Entró Jorge tímidamente en aquel santuario, é iba á dirigirse á uno de los celadores, cuando vió salir de la pieza inmediata á un hombre de baja estatura y grueso, cuya fisonomía hubiera parecido una de las mas vulgares si en su frente y en sus ojos no se viese impreso el sello de la inteligencia y de la viveza. Era el gran sacerdote de Flora; lo era tambien de Pomona. Tenia los dos brazos llenos de grandes cajas de flores, las mas raras y las mas frescas; podia hacer que las llevase un portero que le seguia con las manos vacías; empero él las llevaba con amor cual un padre coge á un hijo querido de las manos de su nodriza para llevarle y acariciarle él mismo. Iba sonriéndose, y envanecido con su rica mies. Dió la vuelta á la sala distribuyendo las flores segun la inteligencia y el talento de las discipulas: á esta le daba un ramo de claveles, á aquella una porcion de camelias, á esta otra frescas y lindas rosas; todas se hallaban contentas. El venturoso profesor que reinaba en aquel delicioso reino era el célebre Redouté, cuyo inimitable y fácil talento forma época simplificando los procedimientos del arte, purificando el gusto, y enseñando á ver bien la naturaleza, propagando un estudio interesante, y dejando á sus discipulos preferidos el secreto de su mágico pincel (1). He dicho el venturoso profesor, porque contaba entre sus mas bellos días los que pasaba en medio de sus discipulos, rodeado de tres cosas que amaba sobre todo: el arte, las flores, y, si es preciso decirlo, las lindas jóvenes que venian ellas mismas á agruparse en torno de sus flores. Así es, que cuando Redouté hubo hablado unos cortos instantes con Jorge, y se habia entendido con él sobre el asunto de un cuadro que el Señor Barón de Wolff deseaba absolutamente tener, quiso

(1) Entre los mas hábiles pintores de flores, se puede citar á las Señoras Chantreive, Delaporte, Bessin, D'Esmerard, que en sus limpias acuarelas han conservado la pura tradicion de Redouté, su maestro y su amigo.

hacerle dar una vuelta por la sala, porque vió que Jorge era un inteligente, y le gustaba hacer los honores de su clase de una manera inimitable.

—¡Qué contraste providencial! decia con un cierto énfasis que le era natural cuando hablaba de su asunto favorito.

Enseñaba un estrecho y elegante vaso en el que se levantaba magestuosamente una espléndida azucena en medio de sus capullos cerrados; un ramo de clematites saliendo del vaso se alzaba hasta el puro cáliz para abrazarle: despues, retorciéndose cual embriagado de aquella beldad y de aquellos perfumes, caia lánguida, lacia, arrollándose en graciosas espirales hasta el pié, donde permanecia estendida. Redouté permanecia en contemplacion delante de aquel juego de la naturaleza, en el que cada figurante desplegaba el uno su magestuosa belleza, el otro su ligera gracia.

—¡Qué lindo es esto! dijo.

Daba consejos á la señora que habia emprendido reproducir aquel lindo grupo, y pasaba adelante.

Halló sobre otra mesa una urnita conteniendo un camelia, una rosa y un clavel. Todo esto era de una blancura tal, que todavía hacia resaltar la sombría hoja de la camelia. Miraba siempre á las flores antes que á todo.

—No es fácil esto, dijo.

E inclinándose hacia la jóven que trabajaba:

—¿Sabeis la diferencia que existe entre el terciopelo, la seda y la gasa?

—Ya lo creo, caballero: esta es la seda, y enseñaba un pliegue de su vestido; y este es el terciopelo, y enseñaba una cinta.

—Pues bien, habeis hecho vuestras tres flores en papel, porque la camelia es terciopelo, la rosa es la seda, y el clavel es la gasa.

Y ya se habia alejado de allí.

Sentábase en otra mesa, y entonces se levantaban de todas partes para descubrir su secreto.

—Teneis dedos de rosa, decia, y mis dedos gordos se parecen á los de un aldeano del Danubio, y sin embargo, vais á ver.

Cogia el pincel, lo mojaba en una agua clara; apenas tocaba la paleta, estendia el pincel sobre la blanca vitela, y entonces..... se veia nacer y desenvolverse como por milagro una brillante malva con su cáliz de terciopelo: era cosa de dar un grito de admiracion.

—Esto no tiene nada de difícil, decia.

Y pasaba adelante.

Ante de llegar á la mesa siguiente, que se hallaba un poco separada de las demás, se detuvo, y cogiendo á Jorge por el brazo, le enseñó una doble rama de convulvos que seguian en libertad los caprichos de su naturaleza, y hacian admirar sus largos cáliz azules, de color de rosa y blancos. Las hojas se agrupaban en ellos de la manera mas feliz.

Hízole ver en seguida que la pintura comenzada tomaba el mejor aspecto, y tenia toda la frescura de su modelo; y, por último, le enseñó con una señal de inteligencia la jóven que se hallaba absorta en su obra: habia encontrado reunido el arte, las flores y la belleza. Permaneció allí en contemplacion.

La persona que pintaba se hallaba inclinada sobre su vitela, demasiado ocupada de su modelo y de su trabajo para ver ú oír cualquiera otra cosa.

—Muy buena pintura es esta, dijo Redouté colocándose delante de ella con Jorge.

Levantó la jóven la cabeza, y notó entonces en el apresuramiento, la animacion y el amor de su obra, un cierto desorden ocasionado en su vestido. Un ligero chal negro, que tenia sobre sus hombros, se habia desprendido, lo que no habia notado al pronto, porque hacia un excesivo calor. Sus hombros y una parte de su pecho se encontraban así al descubierto. Un vivo rubor iluminó inmediatamente su rostro virginal, muy pálido hasta entonces; hallóse en una verdadera confusion y trató de echarse el chal.

—¡Tened cuidado, que vais á echar á perder vuestra pintura! exclamó el maestro. ¿Buscáis un

alfiler? Pues bien, aquí justamente este caballero lleva uno en la vuelta de su frac.

Y desprendió el alfiler. Jorge lo volvió á tomar vivamente, dándosele á la jóven, y reteniéndolo todavía algunos instantes entre sus dedos.

—Tened cuidado con no perdérmelo, la dijo.

Mirólo la jóven con aire asombrado, y tomó sonriendo el alfiler.

Si la jóven artista no hubiera sido mas que bonita, Jorge no hubiese reparado tal vez en ella, gracias á su carácter distraído y sério; empero una de esas casualidades que no se encuentran sino en las novelas, vino á cautivar toda su atención.

El esplendor de la frente, lo atrevido de sus cejas, la dulzura de sus ojos de terciopelo sombreados con un penacho de pestañas negras, la franqueza de la fisonomía, la melancolía de la expresión, todo le recordaba una imagen querida la que le había consolado y sostenido en sus horas de desaliento.

La imaginación había añadido, sin duda, su prestigio á aquella fortuita y casual semejanza; empero era para él el original vivo y animado de *La Desgracia*, del Corregio, la que se ruborizaba delante de él. Nada faltaba al cuadro: ni la pálida estrella en la frente, por una rosita que una amiga había colocado en sus cabellos por sorpresa; ni el chal negro flotando sobre sus blancos hombros; ni el ramo de anchas escabiosas que Redouté, por una analogía particular, le había arrojado sobre su mesa al distribuir las flores. Su cabellera mas negra que el ébano, se alzaba levantada con cierta negligencia en una trenza abundante, de donde se escapaban vigorosos bucles que caían en espirales sobre su gracioso cuello; y allí todavía una particularidad atraía la mirada y fijaba el pensamiento: una línea de cabellos blancos parecida á un ligero hilo de azogue corriendo entre olas de tinta, era como el sello del padecimiento impreso sobre la frente de la jóven.

¡La Desgracia! ¡Qué atractiva ilusión! qué tesoro inexplicable para un hombre de un corazón puro! Dejemos á otros los cálculos para multiplicar fortuna por fortuna, y para no dar nada á las que nada tienen; dejemos á otros las alegrías, las vanidades, las pretensiones, la ambición de figurar. ¡Para este solo su ambición es ocultarse, amar, consolar, servir y padecer!

Redouté arrastró consigo á Jorge que permanecía como abismado en aquella contemplación; y despues de haber saludado y animado á su discípula, acompañó á Jorge que se volvió todavía al salir de cuando en cuando, y le aseguró que iría muy pronto á ver el cuadro de Van-Huissum, al cual debía hacer un compañero que hiciese juego para la galería de Mr. Wolff.

XIII.

LA MARCHA.

Apresuróse Jorge á volver á continuar su trabajo, que se había retrasado algo con su ausencia. Por la noche las señoras se hallaban en la tertulia, hablando de los sucesos del día.

—¿Y nuestra apuesta? dijo la dama inglesa.

—He perdido, dijo ruborizándose Mad. Wolff. Había contado demasiado con mis fuerzas. Aquí teneis vuestros veinte luises, mi querida Lady: los pobres son los que salen gananciosos, y yo me doy por vencida.

Madama Wolff permaneció despues algo separada de los demás, pensativa y diciendo que se hallaba un poco indispueta. Mr. Wolff muy animado é inquieto, y cada una de sus miradas le parecía á su mujer una reconvencción.

La dama inglesa estaba muy metida en conversación con sus amigas.

—¿Habeis adivinado todas las emociones de nuestra querida Baronesa? La creo demasiado modesta, y voy á devolverle su dinero, porque en conciencia creo que lo ha ganado. Solo temo que le cueste su victoria mas caro de lo que piensa.

—¿Qué quereis decir, replicó en coro el curioso auditorio femenino?

—¿No estais viendo el aire radiante y triunfal del Sr. Jorge? Ahora mirad la vuelta de su frac,

y no encontraréis en ella el alfiler, ni lo volveréis á ver jamás; pero tal vez no estará perdido para todo el mundo.

—¿Es verdad, dijo una señorita adelantándose hácia Jorge, que habeis renunciado á llevar aquel alfiler de que no debíais separaros jamás?

—Lo he perdido, señorita, dijo sonriéndose Jorge: se deshizo el encantamiento, y ahora me hallo indefenso contra la desgracia.

—Jorge, dijo en voz alta Mr. Wolff, que extraño á estas frívolas conversaciones, parecía leer con atención unos papeles; es preciso que marcheis al instante, teneis un pasaporte, hacedlo refrendar para el Havre: el vapor americano sale mañana, el negocio es grave y urgente: seguidme.

Esas palabras pronunciadas con el tono breve y lacónico habitual de Mr. Wolff, y aquella repentina marcha causaron alguna sensación en la tertulia. Madama Wolff ya no pudo contener por mas tiempo su emoción, y su conciencia le hacia atribuir á los sucesos del día, lo que solo era efecto de pura casualidad y de la urgencia de los negocios: así es que se dejó caer desmayada en el sillón en que se hallaba.

—Os lo había dicho, murmuró en su oído la inglesa.

Acudieron todos á socorrerla y cuidar la enferma, y Borghese, siempre buena y cariñosa, la acompañó hasta su alcoba.

—Hijo mio, dijo Mr. Wolff á Jorge cuando se vió solo con él en su despacho, vos solo podeis salvarnos. Hablais el inglés como un natural de Lóndres; sois jóven, activo, inteligente, marchaos lo mas pronto posible.

La casa Jackson de Quibec, de quien teníamos vivas sospechas, va á presentarse en quiebra. He recibido un aviso seguro y confidencial. Sin embargo, aun no está perdido todo, y si llegamos á tiempo, los cogemos. Pocas explicaciones tengo que daros, pues conoceis el negocio perfectamente: recorred bien el expediente, aquí teneis nuestros títulos. En esta cartera hallaréis los fondos necesarios para hacer el viaje. Os doy carta blanca. Si salís bien de este negocio será el principio de vuestra fortuna, porque ya es tiempo de que pensemos en vos. Tendréis el diez por ciento en esta liquidación, que no deja de ser considerable, y no tengais miramiento ninguno, porque pueden pagar. Aquí teneis una carta para el cónsul, que apoyará vuestra demanda en caso de necesidad: ahí teneis tambien mis poderes, y tambien hallaréis mi firma en blanco para dar recibo. Marchaos.

Todavía le dió algunas explicaciones, despues le abrazó cariñosamente, deseándole feliz viaje y buen éxito en su empresa, y recomendándole que le escribiese á su llegada á Nueva-York, antes de ponerse en camino para Quibec.

XIV.

EL VIAJE.

Jorge no tenia nada que echarse en cara; hallábase tranquilo y lleno de seguridad. Para el que tan bien sabia *ver*, un viaje á América era una cosa deliciosa. No le causaba impresión la distancia, ¡era tan rápida la travesía! Ni aun por asomo se le ocurría la idea de un peligro: su deseo de ser útil y de corresponder á la confianza en él depositada, le daban gran ánimo y redoblaban sus fuerzas.

Al día siguiente por la mañana, hallábase ya Jorge embarcado en el Havre, en un magnífico paquete de vapor. La travesía fué rápida y feliz. No se dejó Jorge dominar del *far niente* que se apodera regularmente de los pasajeros, y que les hace doble largo el tiempo.

Llevaba con la mas minuciosa exactitud un diario, consignaba en él una multitud de observaciones, admiraba las transformaciones que el estado atmosférico hacia experimentar al mar, tan pronto verde sombrío, tan pronto luminoso, dorado y fosforescente; seguía con los ojos la estela ó surco del navío, estudiando la fuerza y poder de las máquinas que trazaban sobre las olas una línea tan recta, tan segura, cual un camino de hierro. Hablaba con los mecánicos y

los oficiales; subía sobre cubierta á admirar la puesta del sol radiante, ó á contemplar las estrellas en una apacible noche; entregábase á sus meditaciones, en las que algunas veces se le presentaba la imagen de *aquella* que llevaba en la frente una flor blanca por estrella, y que él no había olvidado.

En Nueva-York tomó de sus amigos algunas cartas de recomendación, escribió á Europa y emprendió su viaje para el interior. Hallábase tan preocupado con salir bien en el negocio que llevaba, que llegó á Quibec sin haber fijado su atención en la naturaleza de aquel pintoresco país que había tenido que atravesar.

(Se continuará.)

LA LUZ DEL CEMENTERIO.

NOVELA FANTÁSTICA

POR

FEDERICO UTRERA.

(Continuación.—V. el n.º 3.º)

VI.

EPILEPSIA.

En el mes de diciembre los días son sumamente cortos en Lúgano.

La noche había llegado, y se dejaba sentir un aire norte que penetraba hasta la médula de los huesos.

Beltran se hallaba sentado en un tosco sillón, delante de una mesa baja de pino, sobre la cual había un gran libro, y en sus hojas escribía torpemente y con una letra anticuada.

Anotaba, copiándolas de unas papeletas que se hallaban en la mesa, las defunciones del día.

Una luz opaca que despedía una vela de sebo, alumbraba la sala cuadrangular, y en la que por único adorno había cuatro sillas de madera y un cuadro pequeño, que representaba á Guillermo Tell en lo instantes de traspasar con su flecha la manzana colocada en la cabeza de su hijo.

Emma, sentada próxima á la mesa, se entretenía en ojear un pequeño libro; pero fijando en ella la atención un observador perspicaz, al momento hubiera dicho que no leía. Efectivamente, pasaba las hojas con suma rapidez, prueba de que su imaginación estaba distraída.

De pronto, Beltran soltó la pluma, y tomando una papeleta, dijo:

—Muchacha, á ver que dice aquí. A pesar del tono imperativo en que fueron pronunciadas estas palabras, su hija no se movió.

—¡Muchacha! repitió, fijando sus feroces ojos en Emma. A esta segunda intimación, la jóven se levantó rápidamente, y el libro cayó de sus manos. Beltran le entregó la papeleta, y ella la tomó con mano convulsa.

—¿Qué aguardas? Lee. Al oír la jóven este mandato, restregó sus ojos algo húmedos y los fijó en el papel: despues, con una voz angelical, clara y suave, pronunció las siguientes palabras:

—«Juan Sternueg, barquero del lago, ha sucumbido víctima de demencia.....»

Beltran interrumpió:

—¡Estúpido! ¡Imaginarse que el diablo lo había paseado por el lago, y que le había hecho ver el infierno! Y dirigiéndose á Emma:

—Sigue, la dijo secamente.

La jóven prosiguió:

—«Hoy 25 de diciembre de 1818.»

Beltran escribió las palabras que su hija había pronunciado:

—Adelante, dijo.

Emma repuso, soltando el papel sobre la mesa:

—«Doctor Hartzunchen.» Y temblando como una azogada se dejó caer en la silla.

Beltran cerró el libro y rasgó las papeletas: despues, apoyando la mejilla en la mano y el brazo en la mesa, quedó como pensativo. A poco rompió el silencio.

—Todos temen, dijo con sonrisa de desprecio;

todos temen cuando precisame, te han de venir e á juntar ahí. Les asusta un cementerio: ¡estúpidos! Y volvió á callar.

—¿Y el barquero? Já, já, já, repuso á poco rato con sardónica risa. ¡El barquero Sternewue! Cuánto me ha hecho reír esta mañana la relación de los enterradores. Llega el diablo cuando estaba dormido, y le mete en su barca; cruza el lago, y en medio de él le arroja á las olas, y vé el infierno: se vuelve loco, y muere... já, já, já.

Al terminar la carcajada de Beltran, Emma, que habia permanecido inmóvil en su asiento, cayó repentinamente de él, quedando exánime en el suelo.

—¿Qué es eso, preguntó Beltran al escuchar el golpe? ¡Ah! ya, continuó despues de ponerse de pié: estamos como siempre. Vamos por la medicina. Y dirigiéndose con mucha calma á la habitacion contigua, volvió trayendo un enorme garrote de encina. Se acercó lentamente á Emma, y descargando sobre ella con la mayor sangre fría, exclamaba:

—Recuerdos todavía. ¡O poco he de poder, ó perderás por completo la memoria! ¿Con qué tanto la querías? He aquí el premio de tu cariño.

Y con brutal ahinco asestaba una y otra vez á la hija el grueso palo que blandia con feroz encarnecimiento.

Al fin, un ¡ay! doloroso y débil de Emma, vino á finalizar tan bárbara escena.

—¡Ola! respira, murmuró Beltran, y se dirigió á dejar el garrote en el sitio que lo habia tomado.

Emma se levantó; estaba hermosa: sus negros cabellos ondeaban sueltos como madejas de lustrada seda. Su tez pálida semejava uno de esos mármoles dorados por un sol de muchos años. Sus ojos relucian con un brillo que no le era habitual, y su fisonomía tranquila parecia despedir rayos de amabilidad y dulzura. Levantóse del suelo con calma, y tomando nuevamente asiento, dejó caer su redonda barba sobre el pecho, cruzó sus manos, fijó en el pavimento la mirada y quedó inmóvil y muda como la Diosa del reposo y la resignación.

VII.

EFECTOS DE LA EPILÉPSIA.

A las doce de la noche Beltran se habia retirado á su aposento.

Emma permanecia en la misma actitud que la hemos dejado en el capítulo antecedente.

Inmóvil y fija la mirada en el suelo, parecia un sér falto de vida; pues ni su respiración se apercibia, á pesar del sepulcral silencio que reinaba.

Por fin salió de aquel estado de marasmo.

Alzó los ojos poco á poco, para fijarlos en la vela que aun ardía sobre la mesa. Despues abandonó despaciosamente el asiento, y se dirigió á la mesa de donde tomó con mano firme la luz. Dió algunos pasos y volvió á quedarse parada, inclinando la cabeza como para recordar.

Un segundo escaso tardó en emprender nuevamente su camino. Penetró en una alcoba de corta estension, en la que se veia un lecho pobremente adornado, pero muy limpio, y tomó de la pared una enorme llave que pendia de un clavo. En seguida retrocedió á la sala y abrió la puerta que daba al jardín con un sigilo estremado. Así que pasó el dintel, la entornó con cuidado.

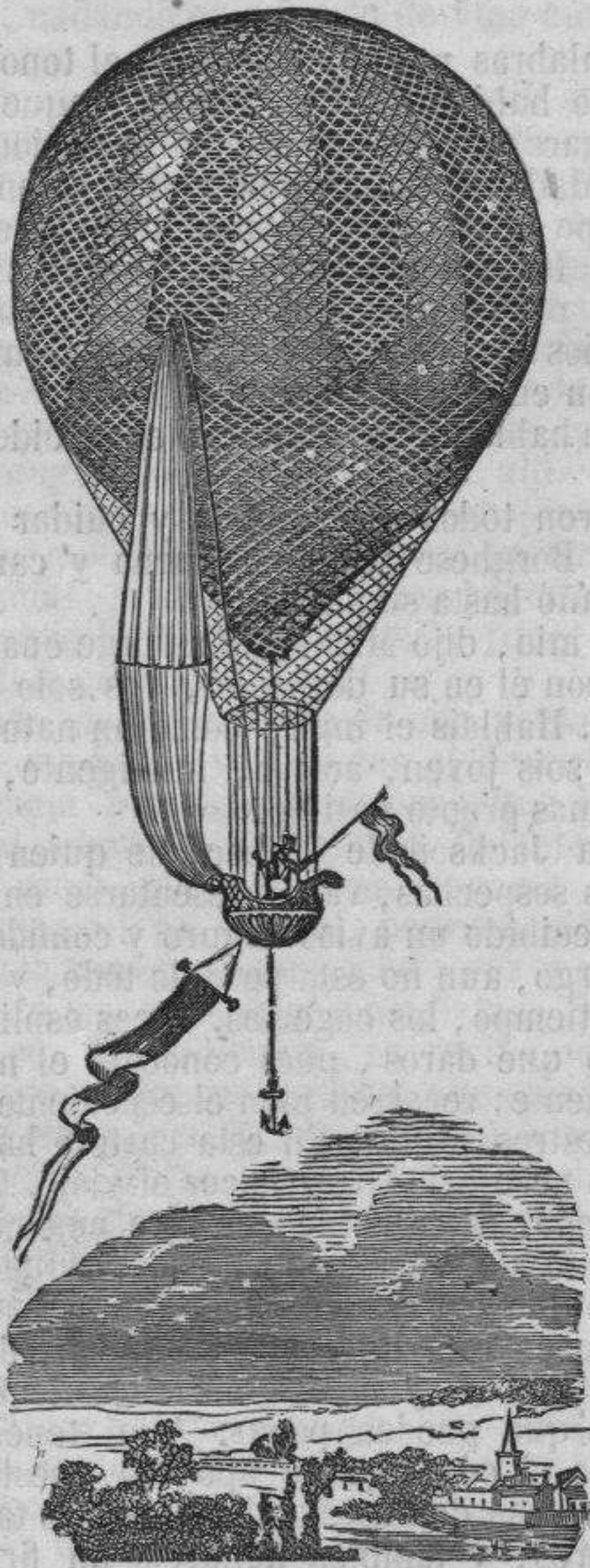
La noche era sumamente oscura, y las estrellas brillaban con singular esplendor. Fijando la vista en la bóveda celeste, parecia distinguirse el rumbo de los astros. Un aire finísimo y penetrante, pero que apenas conmovia las hojas secas del jardín, enrarecia la atmósfera serena.

Emma no vaciló: siguiendo la pequeña senda que conducia á la verja, recorrió el cerrojo de la única puerta rústica que daba salida al campo; y dejándola del todo abierta, continuó tranquila caminando con la llave y la luz en la mano izquierda. Ya se hallaba próxima al cementerio, cuando una ligerísima ráfaga de aire apagó de pronto la vela. Emma se quedó inmóvil y

como deslumbrada por un instante, pasado el cual llegó á la gran puerta del campo santo, y en uno de los poyos laterales puso el candelabro de hierro en que se sostenia la vela recién apagada. Despues con ambas manos introdujo la llave en la cerradura, y esta rechinó ruidosamente. Una especie de eco lúgubre pareció responder, aunque muy lejano, al anterior ruido.

Emma penetró en la mansion de la muerte.

Anduvo como unos cien pasos por entre dos hileras de sepulcros que formaban una calle de toda la estension del cementerio, y en cuyo centro se abria un círculo, en medio del cual se elevaba el alto ciprés de que ya he hablado.



GANOT. — Física. — Ascension del globo.

Emma llegó hasta el árbol, emblema de la muerte, y allí se detuvo, exclamando con triste voz:

—¡Nada! el mismo lejano eco que habia respondido á la apertura de la puerta volvió á resonar, pero mas distinto y sonoro murmurando en el silencio.

—¡Nada!

Al pié del ciprés habia una piedra: Emma tomó en ella asiento.

Primero cayó en el mismo abatimiento en que ya se le ha visto momentos antes; pero despues adquirió cierta movilidad, particularmente en la vista. Comenzó distrayéndola en distintas direcciones y concluyó por fijarla en línea recta á una alta roca que limitaba el cementerio por la parte del lago.

A poco Emma se conmovió agradablemente y alargó la mano derecha como deseando atraer á sí algun objeto. Mas tarde, levantóse y comenzó á dar pasos en su busca. Su atención estaba fija en la roca.

Llegó hasta la verja, y por entre sus gruesos hierros sacó la mano. Allí permaneció sin movimiento.

¿Qué podia llamar la atención de Emma?

Sobre la roca cuyos límites se confundian casi con la sombra de la noche, brillaba casi imperceptibles, vagos y trémulos dos microscópicos luceros. Mas bien, dos llamitas chi-peantes, confusas, agitadas, que relucian. Mejor, dos diamantes lejanos, limpidos y engastados en la roca.

O tal vez las pupilas de un hombre que insistentes miraban, y en la profunda oscuridad como preciosas piedras fulguraban.

Mas Emma no se figuraba esto, porque su pensamiento se habia fijado hacia largo tiempo, y pretendia encontrar un objeto, al cual hubiera fácilmente asimilado todos los demás.

Emma seguia mirando aquellos ojos que tambien la miraban.

Hasta que rompiendo el silencio imponente de aquellos lugares exclamó con escasa y ronca voz:

—¡Ven, yo te llamo!

El eco, mas lúgubre que antes, repitió de peña en peña:

—¡Yo te.... amo!!

Y casi al mismo tiempo, sonora, varonil y joven, desde lo alto de la roca, otra voz dijo con tono de desesperación.

—¡Cielos, dádme luz!

Y como por encanto, sobre la piedra próxima al ciprés, una llama fulgurante apareció: el eco al repetir las palabras que de la roca venian, conmovió estrañamente á Emma, hasta hacerla perder la posición en que se encontraba. Al girar con rapidez, advirtió la llama que sin oscilaciones ni chispas habia aparecido, y con una alegría febril, que la estremeció convulsivamente, con un acento de júbilo indescriptible:

—¡Madre mia!!! gritó corriendo desencajada hácia ella.

Emma cayó de rodillas en la piedra húmeda y fría; pero la luz, amarillenta y triste, aquella luz misteriosa y que infundia pavor al alma por su brillo siniestro y su color indefinible, habia desaparecido, mas no del cementerio; á cinco pasos del ciprés se hallaba sola, perenne, macilenta y aterradora.

VIII.

Emma apoyó en sus manos las mejillas, y copiosas lágrimas se desprendieron de sus pardos ojos.

—¡Madre mia! exclamaba entre los sollozos.

Así permaneció algun tiempo, hasta que apoyando las manos en la tierra y acercando poco á poco su hermosa cabeza al mármol, lo tocó con sus labios. Un frio intenso se difundió por todo su sér, y al sentirlo dió un violento salto hácia atrás, poniéndose de pié con la ligereza de una corza. Pasóse la mano por la frente, y apretó la suelta crecha de sus negros cabellos.

—¡Ah! gritó de repente y deshaciéndose en veloz carrera: ¡el cementerio, estoy en el cementerio!

Y aterrada, despavorida, convulsa y erizada, dando espantosos gritos, volaba por la oscuridad. Y delante de ella, siempre á la misma distancia, y como enseñándola el camino, la luz misteriosa corria tambien.

Pero la luz y Emma se perdieron entre los árboles.

Mas antes de que la amedrentada joven llegase á su casa, escuchó detras una voz que dijo:

—¡Cielos, luz en este momento!

Cuando jadeante, pálida, cadavérica, Emma pisó la puerta de su jardín, aun sobre la roca brillaban aquellos ojos fulgurantes.

Y cuando despues de cerrar la puerta de su habitacion caia sin sentido en su lecho, habian desaparecido.

Aquellos lugares que daron desiertos y recuperaron la tranquilidad y el silencio de que siempre se hallaban rodeados.

IX.

LA CASITA BLANCA.

El lector conoce ya una pequeña casita situada en la playa de Lugano, y de la cual salió á media noche un hombre para dirigirse á las rocas del cementerio durante una tempestad.

El lector no habra olvidado seguramente esta circunstancia. Pues bien; ahora es necesario que penetre conmigo en el interior de esa casita.

Son las cuatro de la madrugada. Lugano duerme todavia.

En una sala espaciosa y enteramente blanquea

da, ardía una chimenea bien provista de fuego y que chisporroteaba de cuando en cuando.

En medio de la sala había una mesa grande cubierta de papeles y libros, y un candelabro de bronce con tres bujías encendidas. Delante, y recostado en una butaca, un joven como de veinticinco años, apoyaba su diestra en un costado del asiento y descansaba la cabeza en el brazo como si estuviera dormido.

La habitación estaba lujosamente amueblada y con ese gusto propio de las mujeres; pues en todo se notaba graciosa coquetería.

Un magnífico reloj colocado detrás del joven movía su péndola acompasadamente, y por último sonó con un timbre claro y argentino dando una campanada.

El joven levantó la cabeza, y la fuerza toda de la luz se reflejó en su rostro, de singular hermosura. En su bien configurada cabeza, que la cubrían cabellos rubios como el oro, y rizados como si la mano del más hábil peluquero los cuidase, se advertía el contorno especial de los hombres privilegiados.

En su frente despejada, altiva y magestuosa, se hallaba impreso el sello indeleble de un genio superior.

Su tez era blanca y pulida como la de una mujer; y los ojos azules y rasgados, brillantes, vivos y tiernos.

La expresión de su fisonomía era tan animada y bella, que solo podía compararse á esas estatuas griegas que sirven de modelo en la escultura.

Su mirada despedía un rayo luminoso que revelaba un corazón lleno de no satisfechas pasiones. Y en su boca de labios delgados y finos como la piedra, que con su color imitaban, se advertía un desden propio del hombre hastiado.

Al levantar la cabeza, pudo notarse que alguna idea le preocupaba.

Efectivamente meditaba de esta manera:

—Profundo misterio que no me es dado comprender. ¿Será que los muertos tienen también su sociedad? Aquel grito..... ¡oh! tan inmenso dolor solo puede ser espresado por la vida.

Y aquella luz misteriosa, ¿quién la enciende? ¡Oh! ¡Qué horrible es la duda! qué horrible!

Al concluir estas reflexiones, volvió el joven á su primitiva posición. Permaneció en ella por largo tiempo, y levantándose de repente, principió á dar largos paseos por la habitación.

—¡Oh! decía entre sí, yo descubriré el arcano. Y luego, con una sonrisa indefinible que le dió una expresión particular á su rostro, continuó:

—Duendes y fantasmas, bellas creaciones de otros siglos, habeis quedado exclusivamente para que os esploté la imaginación del poeta, para asustar los años infantiles. ¿Quereis, sin embargo, pasearos impunemente por las calles del cementerio de Lúgano? ¡Oh! no será; pues yo iré á arrancaros vuestros secretos y me daréis asunto para un poema. Al llegar aquí, se paró repentinamente, y pasó por su rostro una mano tan blanca, tan fina y bien formada, que hubiera podido pasar por la de una hermosa dama de nuestros aristocráticos salones. Inmediatamente tomó asiento delante de la mesa, y cogió una pluma, que sin duda había estado manejando antes. Interin examinaba sus puntos, pensaba:

—Mañana iré, y juro salir de dudas. En seguida mojó la pluma en el tintero de plata cincelada que tenía á su diestra, y continuó escribiendo en un pliego ya empezado, con una letra tendida, rasgueada y aristocrática.

El reloj daba las seis en ese momento.

Frente de la casita en que ha tenido lugar la escena que acabo de referir, y en la orilla del lago, un grupo compuesto de tres personas, que se hallaban sentadas en una piedra de granito tendida en la arena, se dibujaba perfectamente con la claridad anterior á la luz del día.

Eran tres barqueros: dos jóvenes como de veinte años; uno de edad de cincuenta, y cuyos cabellos blanqueaban.

El de más edad tenía la palabra y se espresaba así, aunque en un lenguaje rudo y con acento algo extranjero:

—No seré yo quien de noche tenga la poca precaución de quedarme dormido en la playa. No quiero pagar caro este descuido.

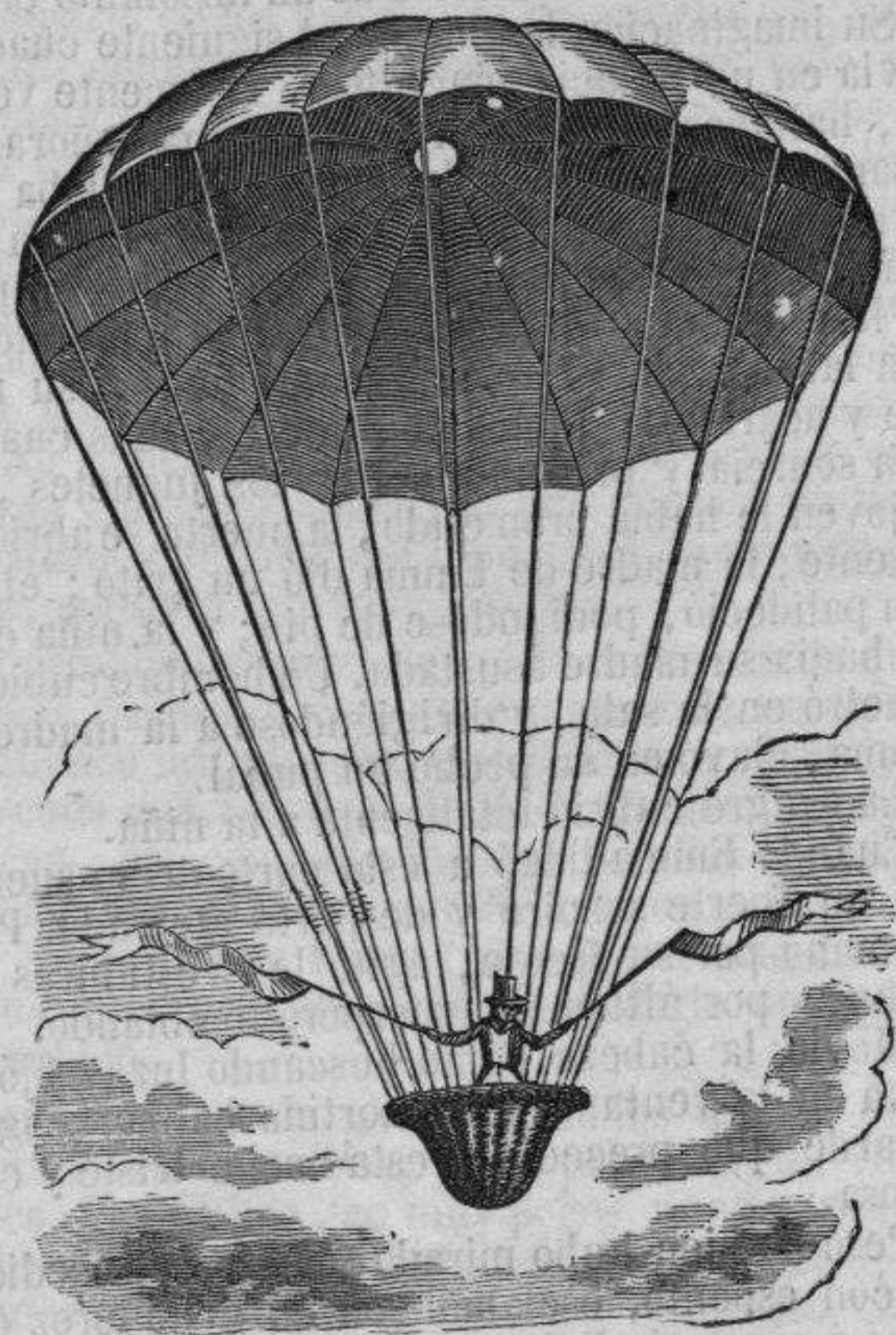
—Ni yo, repuso el que se hallaba á su izquierda.

—En verdad, dijo el tercero, que sois demasiado medrosos y que teneis creencias estrañas. Yo, por mi parte, nada temo.

—Si como yo hubieras visto ciertas cosas, no dirías eso, replicó el viejo.

—¿Y qué es lo que tu has visto? preguntó el joven que había sido contestado.

—Es muy largo de contar. Además, el ejemplo de Juan Sternueg creo que debe ser suficiente para escarmentar á los descreidos. El se burlaba de todo; negaba cuanto habían referido de este lago, del cementerio y de la casita blanca; y sin embargo, ya has visto su fin.



GANOR. — Física. — Paracaidas.

—Juan Sternueg estaba medio loco.

—Esas voces han hecho correr despues de su muerte; pero son falsas.

—¿Tu crees de buena fé cuanto dijo al morir?

—Lo creo todo.

—¡Bah! bah!

—Cuando al amanecer recogí á Juan en este sitio en que estamos ahora, no había perdido la razón. Me habló, como yo puedo hacerlo en este momento, y era demasiado cierto lo que me dijo. ¿Acaso no había yo oido sus gritos dos ó tres horas antes?

—Já, já, já.

—Sí, ríete; ¿quién sabe si algun día tendrás que habértelas con el diablo?

—Vive lejos de aquí.

—No tan lejos: mira, ya va clareando el día, y se divisa muy bien su habitación. Ahí la tienes. Y al decir esto el barquero, señaló con el dedo la casita que pocos momentos hace dejó el lector.

—¡Ola! ¿En esa casita vive el diablo?

—Tómalo á broma; pero si alguna noche pasas por delante de ella, ten cuidado de hacer la señal de la cruz; de lo contrario, escucharás cosas que te hagan estremecer.

—Conoces al diablo.

—Por mi desgracia. Tiene costumbre de pasearse por estos sitios á las doce de la noche. Una sola vez le he visto. Desde aquel día, mi mujer, mi pobre y querida Margarita, está enferma.

—¿Tendrá los demonios dentro del cuerpo? preguntó con afán el joven barquero que permanecía callado tanto tiempo.

—¿Quién sabe! replicó el anciano.

—¿Pero cuál es el mal de tu mujer? dijo riendo maliciosamente el descreido.

—¡Oh! no lo sé: la pobrecita no siente nada mientras estoy fuera; pero apenas me ve se pone

á la muerte; coge todo lo que tiene á mano y me lo arroja con furor..... Y además..... en fin..... es muy desgraciada, porque..... Al llegar aquí el barquero se quedó parado y con la vista fija en la casita blanca. De repente, volviéndose á sus compañeros, exclamó:

—¡Ved, el diablo sale de su casa!

Los dos jóvenes fijaron los ojos en la casita, y vieron salir de ella un hombre vestido con un sobretodo de pelo de oso, un chambergo de fieltro y altas botas de hule. Completamente envuelto, era imposible distinguir su fisonomía; pero no era otro que el joven á quien se ha visto poco hace con la pluma en la mano.

De los tres barqueros, dos cayeron de rodillas haciendo la señal de la cruz. El otro permaneció en pié mirando al desconocido que se alejaba en dirección á Lúgano.

X.

LA MANGHA DE SANGRE.

El día se presentaba nublado. No es fenómeno extraño en los pueblos que se agrupan entre montañas, que posean un clima variable, y por consiguiente pasen con facilidad del calor al frío, de una atmósfera despejada á otra nebulosa y triste. Así sucede en Lúgano.

El día era todo lo contrario del anterior. Oscuros nubarrones rodaban por el cielo, y amenazaban con una lluvia copiosa.

Beltran se hallaba en el cementerio: Emma, descansaba en su lecho desde la noche anterior en que habían tenido lugar los sucesos que llevo referidos.

Estaba sola, completamente sola en su pequeño dormitorio, al cual daba luz una ventana cerrada con vidrios y cubierta con una cortina azul.

Emma no dormía; pensaba. ¡Está tan hermosa una mujer pensativa en su lecho! ¡Da lugar á tantas reflexiones!

¡Pobre é inocente corazón que se acerque al lecho de una mujer pensativa!

Abandonada Emma, lucía sus desnudos brazos sobre unas sábanas de incomparable blancura.

El seno casi descubierto, latía con calma y á intervalos suspendía levemente la tela que le envolvía.

La cabeza rodeada de una diadema de cabellos larguissimos y sueltos, pesaba sobre la almohada, hundiéndose entre sus blandos pliegues.

¡Brillaban sus ojos con tan dulce claridad! Estaban tan bellos, tan puros, tan tranquilos, que derramaban en su rostro rayos de paz, y le daban un tinte melancólico mas pronunciado que de costumbre.

La hermosa Emma pensaba. ¿Quién se atreve á penetrar en el Océano de las ideas de una joven que vive solitaria en medio de un campo?

¿Quién se atreve á turbar ese cielo mágico en que se cierne su purísima imaginación, para oscurecer los soles que lo iluminan?

¡Preciosas edades de la vida, en que el alma concentrada, sin recibir los embates de las revueltas olas del mundo, vive en el universo de las ilusiones, trabajando por realizar sueños, tratando de dar cuerpo á seres ideales! ¡Oh! ¡Cómo tocar vuestra immaculada inocencia! cómo penetrar en el santuario de vuestra vida, sin conmoveros y asustaros!

Pero Emma, aunque era muy joven, ni soñaba ni engreía su espíritu con esas mil variadas nubes, de mil variados colores, que ilusionan la mente y sonrien como grupos de esbeltas hadas. No; pobre y desconsolada criatura; no salía su espíritu para remontarse en alas del anhelo.

Emma no anhelaba, y tenía diez y siete años. Es decir, la edad en que mas fuertes, mas profundos, mas fantásticos son los deseos.

Su rostro, he dicho en otra ocasión, revelaba secretos dolores.

Sin embargo, nada mas comun á esa edad de oro que reunir secretos é incomprensibles dolores á escondidos é indefinibles placeres.

El alma se crea sus pesares y también sus goces. ¿No sucedía esto a Emma?

¿No habeis reparado en un campo yermo, una flor ajada, y junto á ella una florecilla fresca, que es acariciada y querida de la primera? Pues suponed que el huracan arranca á la mas vieja, la destroza y se la lleva. Entonces la pobre florecilla pierde á su madre, único sér, única ilusion, única esperanza que le rodea.

Huérfana y en un campo yermo abandonada, ¿de dónde sacará vida para su vida, ilusiones para su mente, amores para su corazon?

Para tener ilusiones es preciso amar; y para amar, corazon que cobije las pasiones.

Emma no amaba y carecia de ilusiones: tenia corazon; pero ¡ay! solo para contener sus lágrimas.

Y eran tantas, que rebosaban.

Por eso, á poco de abrir sus ojos, una tras otra rodaron por el lecho algunas que humedecieron su seno.

Mas ni una sola queja salió de sus labios.

Unicamente se incorporó con dificultad, cogiendo un pico de la cortina, lo anudó dejando al descubierto el vidrio para que penetrase mas claridad.

Ejecutada esta operacion, escuchó inmóvil un instante como para cerciorarse de que no seria sorprendida. Inmediatamente sacó de su seno una cinta del tamaño de una tercia, de color blanco y que parecia haber servido de adorno en forma de lazo. Era de seda y revelaba tener tiempo, ó por lo menos un uso constante, pues estaba muy ajada, y además en el centro tenia una mancha redonda y enrojecida. Desde luego era fácil adivinar que aquella mancha era de sangre.

Emma la tocó respetuosamente con sus labios, y la estrechó repetidas veces contra su corazon. Y al depositarla en el lugar de donde la habia sacado, exclamó con acento doloroso y apenas perceptible:

— ¡Oh! madre mia!

Y volvió á caer en el lecho como si le hubiese acometido algun desmayo.

XI.

LOS SUEÑOS DE EMMA.

Si sois jóvenes, si aun no ha venido á alterar vuestra candidez la pasion que diseca, la duda que atosiga, y el hastío que mata, ¿no es cierto que soñais cosas muy bellas?

Niñas de diez y siete años, que estais en la primavera de la vida, ¿no es cierto que vuestra imaginacion brota como una fresca fuente por un cauce de flores vistosas y variadísimas?

Vosotras, ¿crééis vivir? No; soñais dulcemente.

Todas las noches, no bien despide el último rayo la lámpara que os alumbrá; no bien quedais solitarias en el lecho, sin ruidos, sin gentes, sin luz, cerrais los párpados y arrobadas en el silencio, mecidas por la esperanza, quedais dormidas.

¡Oh! Nubes preciosísimas que dibujais en el cielo cuanto de variable tiene la felicidad, ya las doradas y azules que sosteniais un trono de rubies, ya las de púrpura y violeta que sustentabais vigorosos é invisibles ángeles; bajad y estendedos en torno de esa graciosa niña que juega con vosotras.

Pero no; dejadla, no la abruméis; la felicidad suele también matar.

Ella vive sin vosotras. Las aguas cristalinas de una laguna, que nadie ha visto; de una laguna rodeada de inmensos árboles que la cubren con una bóveda de verdura, es su asilo. Música embriagadora dulcifica sus sentidos; templadas aguas humedecen sus blancas y finas envolturas.

Pero no; alma varonil que contempla el panorama del mundo que no comprende, alma de mujer, capaz de todo, vedla, sonrie satisfecha: valiente amazona de los campos de batalla, con dorada espuela, bruñido y reluciente casco, brillante espada, vuela en brioso corcel.

¿A dónde va? ¿Quién sabe!

¿No es cierto, flores hermosas de la vida, vos-

otras bellas criaturas de diez y siete años, que todas soñais?

¡Oh! sí; ya con un lejano objeto, ya con un querido sér, ya con una fantástica idea, soñais siempre: ¡benditos seán vuestros sueños!

Emma no soñaba así: esperad un instante, y sabreis sus sueños de oro cuáles eran.

La noche habia cubierto el cielo nublado y triste. Beltran dormia y Emma también.

Su sueño era intranquilo y difícil: se conocia que estaba atormentada por un mal físico ó moral.

La respiracion era fatigosa, y á intervalos interrumpida por sonidos inarticulados.

Algunas veces moviase con dificultad, y experimentaba sacudimientos nerviosos, que denotaban el estado de dolorosa excitacion en que se encontraba.

Emma sufría los efectos de un insomnio cruel.

Su imaginacion le pintaba el siguiente cuadro: vivia en un palacio magnífico, ricamente vestida, hallábase sentada al lado de una señora lujosamente ataviada, y la cual la acariciaba con ternura. Esta señora era su madre. Emma era niña. A poco una puerta se abrió y dió entrada en la estancia á un jóven bellissimo envuelto en una larga capa. El jóven se sentó junto á su madre y acarició á Emma con interés. Mas cuando esta sonreia y preguntaba por los juguetes que el jóven le habia prometido, la puerta se abrió de repente; la madre de Emma dió un grito; el jóven palideció, poniéndose de pié; y la niña corrió hácia su madre asustada. Un hombre cubierto penetró en la sala, y dirigiéndose á la madre de Emma, clavó en su pecho un puñal.

La sangre cubrió totalmente á la niña.

Cuando Emma llegó á esta parte de su sueño, dió un fuerte suspiro y despertó aterrada. Pasó la mano por su frente, agitó las vestiduras del lecho, y por último se incorporó temblando.

Movió la cabeza como buscando luz y fijó la vista en la ventana, cuya cortina habia recogido la tarde que precedió á esta noche triste y congojosa.

Pero no bien hubo mirado cuando, retrocediendo con espanto, exclamó con un grito feroz que llegó á oídos de Beltran:

— ¡Cielos, él! Y á continuacion cayó del lecho y se arrastró por el suelo como buscando una salida.

¿Qué podia haber espantado así á Emma?

Al mirar por los vidrios de la ventana vió pegada á ellos por la parte de fuera, la cabeza de un hombre; y en sus ojos brillantes habia creído reconocer los de un sér que en otro tiempo habia conocido.

Al escuchar el grito de su hija, Beltran se despertó y echándose fuera del lecho, se puso el gaban, tomó una vela que aun ardía y corrió al dormitorio de Emma.

Al entrar vióla tendida en el suelo.

— ¿Qué te pasa? preguntó:

— Ahí, en esa ventana... murmuró Emma, estaba...

— ¿Quién? replicó Beltran.

— ¡Ay! dijo con voz ahogada Emma, ¡él! Y cayó en un profundo desmayo.

— ¡Oh! exclamó Beltran soltando la luz y corriendo hácia la puerta del jardin: ¡si cayera entre mis manos! Y con una precipitacion desconocida en él se lanzó fuera de la casa.

(Se continuará).

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 3.º)

La rada está por los 32°, 37', 30" de latitud nord.; y por los 17°, 5' de longitud, al Oeste de Greenwich; así es que se le ha determinado entre muchos eclipses los satélites de Júpiter, y un eclipse

de sol que tuvo lugar el 4 de junio de 1788.

La brújula varió de 18°, 55' hácia el Oeste. En los momentos en que la luna estaba en su lleno, y cuando cambiaba de sitio, las altas mareas se elevaban del lado del Norte, Noroeste, y de Sud-sud-este hasta siete piés; y las bajas mareas á cinco. El reflujo siempre es hácia el Este.

Los reglamentos de puerto exigian que todas las embarcaciones, antes de echar ancla, ó inmediatamente despues de anclar, manifestasen al Gobernador de la isla, de qué nacion eran, y por qué se detenian. Un buque de guerra no puede enviar su bote á bordo de los navios que entren en la rada hasta que ellos hayan platicado con la chalupa práctica, es decir, la chalupa de las personas que deben informarse si las embarcaciones que arriban tienen á bordo alguna enfermedad epidémica. De la misma manera, no es permitido el aproximarse las embarcaciones que partan al punto que hayan sido visitadas por los oficiales de puerto, encargados de impedir que los habitantes de la Isla no se embarquen clandestinamente, ó que no esporte mercancías prohibidas. Los buques de guerra ingleses saludan al fuerte con tres cañonazos, despues que han recibido la seguridad de que se les hará igual saludo.

Durante el estío, los botes pueden llegar á la playa; pero cuando no tiene mercancías que desembarcar, quiere mejor alejarse en todas las estaciones, no solamente por evitar que la marejada no rompa los botes contra las estacas de que está rodeado el puerto, sino para no dar motivo á los marineros de frecuentar los sitios peligrosos, que están siempre en la vecindad, y el que beban licores que les pueden perjudicar á su salud. No habiéndose dejado sentir la marejada cerca del Peñon de Loo, el desembarque pudo hacerse fácilmente y con seguridad, y aunque tuvo allí rancherías en los alrededores, fácilmente se impidió el que los marineros entrasen en ellas. Es preciso igualmente estar prevenidos contra los botes que vienen á bordo á vender, bajo pretexto de llevar pescado, frutas ó verduras, porque su objeto principal es el vender licores fuertes, compuestos y mercancías ocultas. Se procura fácilmente carne fresca, agua y legumbres que se llevan á bordo en los botes del país.

El gobierno británico tenia hecho un contrato con los abastecedores, á los que les daba cinco schelines (1) por cada tonel de agua, y seis peuce (2) por libra de carne, para el consumo de las tripulaciones de sus buques. El vino que se suministraba á estos buques estaba falsificado y no se conservaba. El gobierno le pagaba seis libras por el tonel, y cada uno contenia ciento veinte gallons (3). Una escuadra de veinte buques de guerra puede encontrar, en Funcal, todas las provisiones de que tenga necesidad, con tal que no permanezca mas de diez dias.

La bahía de Funcal se estiende de Oeste á Sud Sud-este. Los vientos de Sud-oeste y de Sud-este, son los que allí reinan con mas violencia. Las embarcaciones que en tiempo de invierno están obligadas á anclar en la bahía, deben tener mucho cuidado con las nieblas oscuras que se levantan algunas veces en el Sud, y de la fuerte ola que viene del mismo lado, porque es muy peligroso el estar anclado con semejantes pronósticos.

De lejos, la isla de Madera parece ser cascosa, estéril y sin cultivo; pero á medida que se llega á ella, sus bellezas hieren agradablemente la vista. No hay punto de perspectiva mas pintoresco, ni con mas atractivos que el que ofrecen á las embarcaciones que están en la bahía Funcal y sus colinas próximas. Funcal está edificada en medio de un bonito valle, y la blancura de las iglesias y de algunos otros edificios de esta ciudad hacen un contraste encantador con el verdor que perpétuamente tienen los árboles y campos vecinos. Puede decirse que allí no se conocen otras estaciones que la primavera y el estío; porque ni el frio, ni aun el calor, jamás se dejan sentir hasta el punto de ser molestos.

El Lion y el Hindoustan habian salido de In-

(1) Un schelling vale 4 fr. 45 cent.

(2) Valen 60 cent.

(3) Contiene unos 4 litros.

glaterra en los momentos en que la vegetacion empezaba ya á aflojar, y cuando todo anunciaba la estacion mas larga de la naturaleza. Asi el escape que desplegaba en Madera fué mucho mas sorprendente á los hombres nacidos en climas septentrionales, y por los cuales se habia efectuado tan rápidamente este cambio.

Todo lo que compone la creacion parece lleno de vida: nubes de insectos vagaban por el aire; enjambres de lagartos corrian de una á otra parte. No habia casi un árbol donde no estuviese cubierto de flores ó de fruto, y todos conservaban sus hojas: algunas de las humildes plantas de Europa crecian en Madera á la altura de los arbustos. Nada, por último, parecia allí débil y degenerado, si no era el hombre. Las gentes del pueblo tienen en general un color moreno, facciones repugnantes, y son de muy corta estatura. No tienen el valor y la vivacidad de los hombres de origen africano, ni aun de los que nacen en Europa, en puntos frios. Es verdad que cuando los habitantes del Norte se trasportan á países meridionales, sus descendientes son de una pequeña estatura y menos robustos que ellos.

El gobernador portugués se apresuró á hacer al embajador todos los honores debidos al representante de un soberano poderoso y aliado, en tanto que Lord Macartney estuvo en rada, y á su desembarque y hasta cuando se halló en tierra. Este ministro no quiso admitir una guardia militar; pero sí accedió á la invitacion del gobernador que deseaba el tratarle, y que, en efecto, le dió una espléndida comida. No solo se habia convidado al embajador y á las principales personas agregadas á la embajada, sino á los oficiales del *Lion* y del *Hindoustan*, así como á los agentes de la factoria inglesa, á los principales oficiales del gobierno y de la guarnicion y muchos ricos habitantes de la isla. El numero de convidados era cerca de doscientos. Pero allí no apareció mas mujer que la hija del gobernador, que tendria unos diez años. Esta jóven, que se habia vestido como una mujer casada, hizo los honores de la mesa con mucha soltura y gracia. Los postres se sirvieron en una habitacion mas fresca que donde habíamos comido, y donde fuimos recibidos por la esposa del gobernador, la que se hallaba un poco indispueta para haber podido asistir á toda la comida. Se llamaba Doña Luisa y su hija Doña Maria, y no se les nombraba de otra suerte al dirigirles la palabra; porque parece que, aunque los nobles portugueses tengan muchos apellidos de familia, su costumbre es no designarlos en sociedad sino por el nombre de bautismo. Los apellidos de familia del gobernador eran Pereira, Forjas y Continho; lo que parecia anunciar que pertenecia á las casas mas distinguidas de Portugal.

En el salon del gobierno, se tenia pintada la interesante, pero dudosa historia del descubrimiento de Madera, por un inglés llamado Roberto Macham, que vivia en el reinado de Eduardo II.

Las particularidades de esta historia están apoyadas por el testimonio de Alcafarado, autor contemporáneo, que, á solicitud de Enrique de Portugal, compuso un libro titulado: *Relacion del primer descubrimiento de la isla de Madera*. Pero Barros, el Tito Livio de los Portugueses, atribuye enteramente este descubrimiento á Gonzalez Zarco y á Tristan Vaz.

Mr. William Johustone, inglés, que se hallaba negociando en Madera y que reunia la cultura de las ciencias á los trabajos de su profesion, alianza mucho menos rara en nuestros dias, que lo fué en otro tiempo, ha levantado un plano geométrico de esta isla. Ha encontrado que tiene casi la forma de un paralelógramo, cuya longitud menor del Oeste-nor-oeste al Este-sud-este, tenia cerca de 37 millas, y la menor latitud 11, presentando en su totalidad, una superficie de 407 millas cuadradas ó 260,480 acres (1).

La isla de Madera se halla dividida en 37 fe- ligresias, y contienen ochenta mil habitantes: de manera, que hay cerca de doscientas personas por mil cuadros, y si la tierra estuviera di-

dividida igualmente, cada individuo poseeria un poco mas de tres acres.

Sin embargo, una gran parte de la isla parece no ser susceptible de cultivo: las montañas son muy elevadas, escarpadas, y aun en muchos puntos despojadas de toda especie de tierra. Las aguas al caer de las montañas, han formado un gran número de valles estrechos, que casi todos se encuentran cultivados, y en muchos de ellos se ven pueblecitos y aldeas muy bonitas. La pendiente de las montañas tienen tan poca tierra, que los cultivadores han necesitado procurar remediarlo: cortando trozos de las rocas que parecen contener materias propias para la vegetacion; de suerte que estos pequeños trozos, siendo humedecidos por los arroyos que se forman al caer el agua del vértice de las montañas, se descomponen y llegan á hacerse fértiles.

Esta es quizás una de las pruebas mayores de la industria de los habitantes de aquella isla; porque allí domina la indolencia, y sobre todo en los hombres. Se los vé muchas veces recostados al sol ó tendidos cuán largos son por los suelos, mientras que envian á sus mujeres y á los hijos á algunas millas por las montañas para buscar retama é irla en seguida á vender á Funcal donde la usan. A pesar de lo escabroso de los caminos, estas mujeres siempre van con los piés descalzos. No comen casi otra cosa que miserables calabazas y pescado salado; lo que unido á un trabajo duro y al calor del clima, les dá un aire de vejez, siquiera aun sean jóvenes.

La principal riqueza de la isla es la viña, la que produce, segun se calcula, anualmente cerca de veinticinco mil pipas de vino de ciento veinte *gallons* cada una. Las uvas de Madera son en general blancas, así como el vino que de ellas se saca; pero las hay allí tambien de las que se hace un vino rojo que se llama *tinto*, y con una ligera union con el primero sirve para darle un color mas subido.

Hay una clase de uvas rojas á las que les dan el nombre de *bastardas*, y que producen un vino blanco. Por último, en muy pocos puntos crece tambien la viña, que lleva una uva tan hermosa y dulce que es con la que hacen el famoso vino de Malvasia. Cada año no se recoge sino unas quinientas pipas de este último vino, y se vende cada una de ellas á cerca de sesenta libras esterlinas.

El otro vino, que por oposicion al que se le llama el *Madera seco*, no se vende á los comerciantes, cuando es nuevo, á menos de veintidos libras esterlinas la pipa.— Los habitantes de Funcal han adoptado la costumbre de las logias de franc-masones, los cuales se consagran en Inglaterra á sostener un excelente espíritu de fraternidad, y se distinguen muchas veces por actos de una caridad rara.

Muchos de los principales portugueses franc-masones, quen venden en Madera, fueron perseguidos por el Santo Oficio; y aquella persecucion hubiera tenido sin duda fatales consecuencias, si no se hubiesen detenido por los cuidados del caballero de Pinto, ministro de negocios extranjeros en Lisboa, hombre de mucho talento, y que tenia toda la confianza del príncipe del Brasil, quien, á causa de la enfermedad de su madre, habia sido nombrado regente de Portugal. El príncipe dió, pues, un edicto que decia: «Que todos los inquisidores y jueces del Tribunal de la Inquisicion debian sin demora ocuparse de los asuntos sometidos á su jurisdiccion; que desde que un acusado fuese puesto en prision, se nombrarán abogados para tomar su defensa; que la sentencia pronunciada contra él y todas las piezas de autos fuesen enviadas inmediatamente al secretario de Estado D. José Scabra para presentarlas al regente, á fin de que su Alteza tomara respecto á esto la determinacion que juzgase conveniente; y que, por último, la remision de estas piezas no se pudieran diferir por mas de dos meses despues del arresto del culpable, porque la intencion del regente era el que ningun portugués permaneciese años enteros en una rigurosa cárcel.»

El espíritu que dictó este edicto, y la orden

que prescribia, fuéron suficientes para detener la tirania de la Inquisicion.

Las casas de los negociantes ingleses establecidos en Madera están abiertas á todos los pasajeros de las embarcaciones que se detienen para hacer allí provisiones, al ir á la India ó á América. No tienen necesidad para esto mas que de la menor recomendacion de un amigo, y cuando las flotas llegan con muchos pasajeros se les dá comidas y fiestas continuadas. Esta clase de hospitalidad, tan poco comun en nuestras grandes ciudades de Europa, no solamente proporciona asuntos á los negociantes, sino es estremadamente agradable para los viajeros, y produce muchas veces entre el extranjero y el huésped una pronta intimidad que la señal de marcha interrumpe de repente sin que se tenga esperanza de volverla á renovar: porque Madera está situada lejos del camino que las embarcaciones siguen á su vuelta.

El plato de cerdo es el manjar mas buscado en Madera: cuando son lechoncillos los marcan y sueltan por las montañas, donde se llegan á hacer bravios, y se alimentan principalmente de raíces de *helecho*, que les da un gusto escelente; y cuando se les quiere coger, se cazan con perros.

Las perdices son muy abundantes en la isla de Porto-Santo: los habitantes no las toman sino vivas; y cuando las quieren se van á los sitios donde han hecho sus nidos, y las persiguen sin descanso hasta que asustadas y fatigadas se dejan coger como se quiere.

No hay en Madera animales peligrosos; allí no se ve ninguna clase de serpientes; tampoco se encuentran ni liebres ni zorras. La costa no suministra ni ostras, ni arenques; pero si otras muchas clases de pescados.

Sin embargo, la clase del pueblo menos rica no consume sino el bacalao salado, y esto es sin duda lo que, unido á la mala calidad de los demás alimentos, les ocasiona erupciones escorbúticas que desfiguran la piel de la mayor parte de las gentes pobres de la isla; con mucha frecuencia se ven atacados de reumatismos. Los demás habitantes padecen mucho de parálisis, lo que debe atribuirse á su pereza, replecion y á la gran falta de ejercicio. La viruela hace allí grandes estragos en estío: los escrúpulos religiosos son causa de que hasta el presente se haya practicado muy poco la inoculacion.

Las fiebres intermitentes no se conocen en la isla, y esto no admira, puesto que allí no existen pantanos: el pais es montuoso, y los vientos fuertes que reinan no dejan que los vapores se estancuen. Los golpes de viento que vienen de las montañas y baten la ciudad de Funcal, son tan fuertes que se llevan algunas veces los techos de las casas. Para prevenir estos accidentes se ha recurrido á un medio muy torpe y perjudicial: se coloca sobre los techos grandes trozos de piedra, sin pensar que su caída puede aplastar á las personas que pasen por las calles. No obstante, ni este peligro ni cualquier otro impiden á los galantes Portugueses el ir, segun costumbre de la metrópoli, á dar por las noches serenatas bajo las celosías de sus bellas.

El cultivo de las cañas de azúcar casi está abandonado en Madera, porque le conviene mas á los climas situados entre los trópicos (1). La caña crece en Madera hasta la altura de cerca de ocho piés, y parece á un rosál: su tallo está cubierto de nudos de donde salen las hojas. Hacia el medio de su tallo se encuentra el jugo mas rico y exquisito. Tambien hay en Madera algunos canelos de la mejor especie; sus hojas tienen tres lóbulos muy perfumados, y la corteza es delgada y estremadamente olorosa.

Algunas de las personas agregadas á la embajada hicieron una excursion para visitar la parte oriental de la isla: desde luego encontraron en las montañas un camino escabroso y malo, en seguida un estrecho sendero abierto entre las rocas y á cuyos lados se veia un espantoso precipicio.

(1) Sin embargo, de Madera es de donde se ha trasportado la caña de azúcar al Brasil y á las Antillas. Esta crece ordinariamente en Santo Domingo, hasta la altura de nueve á diez piés, y en el Brasil tiene muchas veces 15 y 18 piés de alto. (N. del T.)

(1) Medida francesa.

En muchos puntos de este sendero no puede irse sino á pié, ó al menos en mulos acostumbrados á andar por allí, y que caminan con seguridad. Los Ingleses llegaron al fin á una gran llanura, donde parte se hallaba adornada de árboles y mirtos floridos que se cruzaban unos con otros: tambien habia mirtilles tan grandes como arbutos, aunque en Inglaterra esta planta no crece mas que el brezo.

Nuestros viajeros encontraron al extremo de la isla, del lado del Este, el sitio de un volcan apagado: el cráter tenia cerca de cuatrocientos pasos de diámetro, y se veia todo alrededor, así como en el fondo fragmentos de lava y de roca.

Parecia tambien que en la estacion de las lluvias se llenaba de agua; pero cuando los Ingleses le vieron se hallaba seco y cubierto de esa especie de yerba que se llama *zamarrilla*.

El doctor Guillan observó que habia habido en Madera diferentes volcanes, cuyas erupciones se habian verificado á largos intervalos. Fácilmente se percibia en un sitio poco distante de la cabeza de Bronce, donde la lava que ha sido lanzada de un cráter vecino, marcaba que habia habido hasta doce erupciones.

La ciudad de Funcal se estiende cerca de tres cuartos de milla á lo largo de la costa, y tiene una media milla de profundidad, y se encuentra rodeada de cuatro pequeños fuertes.

Las embarcaciones que emprenden largos viajes, y sobre todo las de guerra, cuyas tripulaciones son mas numerosas que las mercantes, tienen necesidad, para conservar su salud, de tocar en los puntos que encuentran en su camino, á fin de procurarse provisiones frescas, legumbres, agua y leña para quemar.

No necesitó el *Lion* y el *Hindoustan* mas de una semana para llenar este objeto en Madera. El brik *Jackall*, que se habia separado de ellos al salir de Inglaterra, no los habia aun alcanzado. A pesar de esto el embajador no quiso detenerse mas tiempo, y el ministro y demás personas agregadas á la embajada, deseosas de llegar pronto á la China, renunciaron con menos pesar á sus distracciones y relaciones, y á continuar sus observaciones en Madera. Allí dejaron instrucciones en las cuales recomendaban al *Jackall* pasara sin demora á Praya, en la isla de Santiago; acto continuo se embarcaron y salieron de la bahía de Funcal el 18 de octubre de 1792.

Frente por frente, y no muy lejos del lado del Africa, se ven muchos grupos de islas y de rocas, sin contar aquellas en las que mas arriba nos hemos ocupado. Estan á distintos grados de latitud y bastante cerca del continente, por lo que los naturalistas creen que han formado parte de él en épocas muy remotas; y aun se las puede mirar de alguna manera como accesorias.

La primera tierra que se vé al partir de Madera, y dándose á la vela hacia el Sud, no es mas que un grupo de rocas llamadas los *Salvajes*. Es preciso huir de ellas con cuidado. Despues de haber navegado un dia, se descubren las islas á las que la riqueza de su suelo, la salubridad y la dulzura de su clima, habian inducido á los antiguos á darle el nombre de *Islas afortunadas*.

Estas islas han perdido tan brillante nombre, sin perder lo que influyó para merecerle. Ahora se les llama las *Islas Canarias*, y pertenecen á España.

Las islas que se encuentran despues de las Canarias, y que se hallan por lo tanto á una gran distancia, son las del cabo Verde: toman su nombre de un cabo del continente de las que estan muy próximas; y el cabo y las islas dependen de Portugal: una de ellas es Santiago, donde, segun las órdenes de Sir Erasme Gower, el *Jackall* debia ir. La intencion de dar al *Jackall* tiempo de unirseles, y la de procurarse para la tripulacion del *Lion*, un suplemento de mejor vino que el que habia podido tener en Madera, al precio de costumbre, hicieron que Sir Erasme resolviese el detenerse, no solamente en Santiago, sino en Santa Cruz, en la isla de Tenerife, y una de las Canarias.

Para pasar á esta isla, se marchó casi siempre al Sud, y si alguna vez se apartó fué bien poco.

El tiempo llegó á estar mas templado: aunque los meses de mas frio en el año se aproximaban, los pasajeros y la tripulacion creian notar que el invierno se alejaba de ellos: los vientos que desde que las embarcaciones partieron de Portsmouth, habian sido variables, como ordinariamente lo son en Inglaterra, comenzaron á estar mas regularizados, y bien pronto soplaron siempre del Este y sacaron de estos vientos tan uniformes y tan diferentes otros hijos de Eolo que son el emblema de la inconstancia.

Se sabe que el efecto que produce sobre una embarcacion la impulsión del viento, se modera con un trozo de madera plana, delgada y triangular, que echada al mar permanece inmóvil, lo que ha hecho darle el nombre de *loch* (1). La celeridad con la cual la embarcacion se aleja de esta madera hace juzgar la fuerza del viento. Pero si se encuentra que ha hecho mas camino que el apreciado con el *loch*, la diferencia prueba que hay, independientemente de la agitación de las olas, una corriente ó movimiento progresivo de la mar, que cualquiera que sea la causa que lo produzca, se deja sentir muchas veces. Yendo de Madera á Tenerife, Sir Erasme Gower señaló una corriente que llevaba hácia el Sud, y que aceleró nuestra marcha un tercio de milla por hora, es decir, de 22 millas en toda la estension del camino.

El capitán Makintosh habia ya hecho veinte veces este camino, y constantemente encontrado una corriente de 39° de latitud hasta las Islas Canarias. Todas las observaciones de este capitán prueban que la corriente hace derivar las embarcaciones de 3°, 50' al Sud-este; y el sitio donde mas fuerza tiene es frente del estrecho de Gibraltar.

En uno de sus viajes, el capitán Makintosh encontró que despues de su muestra marina, la corriente se habia hecho andar cerca de 40 millas por dia. Al aproximarse á las Islas Canarias, esta corriente se vuelve desde luego hácia el Sud; toca á la costa de Berberia, y en las cercanías del cabo Bojador, toma dos direcciones opuestas; una de las cuales es al Norte, es decir, hácia el Mediterraneo y la otra al Sud, todo lo largo de la costa y hácia el Ecuador.

El 20 de octubre, los marineros del *Lion* percibieron la isla de Tenerife, á través de las nubes que se elevaban del horizonte. Sin embargo, las embarcaciones no llegaron hasta el siguiente medio dia, y apreciaron el que la habian visto á 18 leguas de distancia. El pico de Tenerife que es la mas elevada montaña de la isla, está al nivel de las tierras mas altas del antiguo continente; no parece, á medida que se aproxima uno viniendo del Nord-este, responder á la idea que se tiene formada de su enorme altura. Las otras grandes montañas que se ven de este lado, al llegar al pié de ella, le impiden parecer lo que realmente es. Un pasajero que se hallaba á bordo del *Lion*, recordó haberla visto del lado de Sud-oeste y que parecia elevarse perpendicularmente del seno del Occéano. Su elevacion, nos dijo, estaba entonces marcada con tres pilas de ligeras nubes, que parecian formarle tres cintas á igual distancia una de otra, y entre las cuales se le descubria muy distintamente, hasta que al fin su vértice fué envuelto en la que era mas elevada.

Despues de las observaciones de Sir Erasme Gower, el extremo Nord-este de Tenerife llamado Punto de Nago, semejava cuando se le vió á cuatro leguas de distancia, una punta muy escarpada y bastante parecida á la Cabeza de Bronce que está antes de Funcal, si no es aun mas alta. La costa al Norte, Nord-este, es una cadena de rocas muy irregulares, entre las cuales hay algunas montañas muy puntiagudas, con tres islas de roca de una mediana elevacion y alejadas de Tenerife cerca de una media milla. Cuando estuvo el *Lion* casi frente por frente de la parte Nord-este de Tenerife, el extremo Sud de aquella isla pareció inclinarse gradualmente hasta una punta baja, á la cual se ha dado el nombre de *Punta Prieta*.

(1) Es una barquilla en forma de cuadrante para medir con la corredera lo que el buque anda.

Se veia al Sud la isla llamada la *Gran Canaria* y al Sud-este, la bahía y la villa de Santa Cruz de Tenerife, alejada 7 ó 8 millas de Punto de Nago. Aunque aquel extremo no sea sino una roca arida, las otras montañas se hallan cubiertas de árboles y de verdor hasta la cúspide. El *Lion* echó anclas á un cuarto de milla de la costa, en un punto donde se hacian veinte brazas de agua por fuera del extremo Sud-este de la isla; la punta del castillo quedaba al Nord-oeste cuarto de Oeste y el extremo Nord-este al Norte dos cuartos de Norte.

La marejada es, en general, muy mala en Tenerife. Así es que los marinos que allí arriban en tiempo de invierno para tomar provisiones, deben no arrojar el ancla, sino tenerse á la vela y enviar un bote á tierra para cumplir con las formalidades que exige el Gobernador, y el procurarse las provisiones de que tenga necesidad. Los pequeños inconvenientes que ocasiona esta manera de detenerse son remunerados con la ventaja de no esponer los cables á ser rotos, y la certeza de maltratar su embarcacion. Aun en estio, es necesario tener cuidado de fondear con los cables mas pequeños posibles y dejarlos flotar.

La plaza está defendida por diversas baterías y por una hilera de cañones colocados á lo largo de la mar. La marejada es tan fuerte que casi siempre impide el que los botes lleguen á la orilla. Hay un buen muelle muy dentro del mar donde los botes pueden llegar en todo tiempo. El extremo de este muelle está defendido por cuatro cañones de bronce, y por un fuerte cuadrado, que parecia hallarse en buen estado. Cerca de ochenta pasos hácia el Sud del muelle, se encuentra entre las rocas un ancon (1), donde cuando la mar está tranquila, pueden desembarcarse mercancías.

(Se continuará.)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 2.º)

»En fin, el sol separa allá en lontananza, hácia el lado de Mont-Blanc, espesos cortinajes de nieblas ó de nubes; el astro se desprende poco á poco como un navío enrojado por los llamas, y que hiende las olas coloreándolas con su incendio; los primeros resplandores que le anteceden, tiñen las altas colinas con un rastro de luz sonrosada, cuya claridad se asemeja á los reflejos que derrama la boca de un horno en donde centellea el mirto y los sarmientos inflamados, en los semblantes de las mujeres que hacen el pan.—No brilla glacialmente como en el invierno sobre la escharra de los prados; sino que calienta la tierra y seca el rocío que humea al elevarse entre la yerba y el cáliz que exhalan las flores de los jardines.—El guijarro que ha tocado un rayo de sol se siente tibio entre las manos, y aun el mismo viento parece haber pasado al través de la aurora primaveral cuando sopla sobre las colinas; como soplabá nuestra madre en nuestros dedos cuando pequeños entrábamos en el hogar paterno transidos de frio.

»El sol sube lentamente; llega ya á la cima de los campanarios cuyas altas piedras brillan como el carbon; la campana, sacudida por la cuerda á cuya estremidad se suspenden los niños á una señal del campanero, responde á e primer rayo de sol con un alegre clamoreo, y á cuyo son se estremecen y emprenden su vuelo las palomas y los gorriones que se enseñorean en los tejados.

»Las mujeres que sacan agua de los pozos ó que la llevan á su casa en un cubo de madera que sostienen en la cabeza, se detienen al primer sonido de la campana; inclinan la frente sosteniendo la cubeta con sus manos levantadas, para

(1) Puerto pequeño.

que dicho movimiento no haga perder el equilibrio al agua, y dirigen una corta oracion al Ser Supremo, que les da un dia de primavera.—Los murmullos, los ruidos, las voces del camino cesan un momento, y al través de ese gran silencio, se siente la naturaleza muda y palpitante de reconocimiento y de piedad, ante el Creador.

»Pero ya las cabras y los carneros impacientes porque les abran los negros establos en donde los encierran durante las nieves, balan en todos los tonos para que los vuelvan a su montaña acostumbrada.—La madre de familia desciende precipitadamente la tosca escalera de la cabaña, y se oyen resonar sus chanclos de haya ó de nogal sobre los escalones.—Levanta el pestillo de madera del establo, cuenta los corderos y las ovejas á medida que se enredan entre sus piernas para salir mas pronto de su prision, y se los entrega, por último, á los niños para que los guarden.

»Los pastorcillos armados con una rama de acebo, de la cual penden todavía algunas hojas, toman como sus cabras el sendero de la roca que conduce á las montañas, y se entretienen mientras trepan por ella, en coger ramas de boj que en la primavera son olorosas como las viñas; y en coger en los zarzales, los verdes frutos de ese árbol que se asemeja á pequeñas marmitas de tres piés, y que constituye una de las admirables diversiones de su infancia.—Luego se les pierde de vista tras de las rocas y no vuelven hasta la noche, cuando las cabras y las ovejas arrastran entre las piedras sus tetas llenas de leche.

—»Mientras que el rebaño sube de esta manera hácia las cimas, se ve brillar en las chozas al través de las puertas entreabiertas, los hacecillos de leña que han encendido las mujeres para hacer la sopa matinal de sus esposos, antes de irse juntos á la viña; y cuando han comido la sopa sobre la reluciente mesa de nogal, rodeada de banquetes de la misma madera, se ven salir las ancianas, encorvadas bajo el peso de los años y del trabajo.—Se reunen y se sientan en los troncos de los árboles que decoran los caminos, ó que se apoyan en los muros que calienta el sol naciente, é hilan con sus largas ruecas cargadas con la blanca lana de los corderos.—Dichas ruecas están rodeadas de una trenza roja que serpentea alrededor de la lana, y cuidan que los pequeñuelos, mientras hablan entre ellos de las primaveras pasadas.

»Los jóvenes son los últimos que salen de la casa, é introducen la llave por la gatera de la puerta; los hombres llevan en la mano las pesadas herramientas del trabajo, que son el pico y la azada, mientras el hacha brilla en sus espaldas; y las mujeres unas largas cunas de madera blanca sobre sus cabezas, en las cuales duermen los recién nacidos; y mientras las sostienen con una mano, llevan de la otra un niño que principia á andar y que tropieza entre las piedras.

»Se las sigue con la vista hasta las viñas de las alturas circunvecinas, en donde depositan la cuna del niño dormido en una de esas especies de esplanadas que se encuentran entre los viñedos; y que cubiertos de anchas hojas, sostenidas por nudos hechos con los nuevos sarmientos, preservan á las criaturas de los ardores del sol.—El hombre se quita su chaqueta, la mujer no conserva mas que su gruesa canisa de una tela tan espesa y tan fuerte como el cuero; y toman las azadas con sus tostadas manos, y se oyen resonar en las colinas, hasta medio dia, los golpes de su herramienta, cuyo luciente fierro se meila con los guijarros.

»La camisa de la mujer (jadeante de fatiga) se pega á su pecho y á sus espaldas, como si saliese de un baño; y al menor grito de su hijo que se despierta, corre, se acerca á la cuna, entreabre su camisa, y da su leche á su hijo, como ha dado su sudor á la viña.

»Cuando el sol marca el medio dia, despliega el lienzo blanco en donde envuelve el pan y el queso, para preservarlo del polvo que levanta el viento; estiende sobre el pedazo de pan negro el blanco lacticinio apenas endurecido, rodeado de hojas de viña y salpicado con relucientes granos de sal gris; y comen desalentados el uno junto al otro, como dos viajeros que causados de su

larga ruta y sentados al borde de las zanjas del camino, apenas cambian algunas palabras, sobre las promesas que le hace la primavera á la vendimia.

»Al pié de una cepa que lo ha destilado el otoño anterior, hay una botella, que refrescada en la sombra, y que les da gota á gota la fuerza y la alegría.—Se duermen luego sobre aquella tierra que humea de calor, y apoyando sus cabezas en sus brazos entrelazados, recobran su vigor con los rayos abrasadores de ese sol que seca su juvenil sudor.

»Por la noche se les oye bajar cantando, por los senderos de las colinas; y los pequeños pastores que descienden con los rebaños, presentan á la madre de familia, para hacer la cena, su cabra favorita en cuyos cuernos hondean guirnalda de boj.

Ya he citado largamente esta composicion, que se terminaba con un himno á la primavera, que hincha las yemas de las viñas, prometiendo los racimos que destilan lentamente por las venas de sus pámpanos, el vino que el otoño debe producir purpúreo, en la prensa del lagar; licor que rejuvenece al joven, y que hace cantar al viejo, reanimando en su memoria sus pasadas primaveras.

Pero no copio mas de ella: esos baluceamientos de la infancia tan solo tienen encanto para una madre.

X.

De todos modos, esta primera composicion literaria, nacida de una imaginacion de doce años, les pareció á los maestros y á los discípulos superior, al menos por su ingenuidad, á las clásicas repeticiones de mis condiscipulos: se sentia en ella el acento, y se escuchaba el grito del ribazo natal, bajo el amado sol del pobre aldeano á la hora de la siesta.

Mi descripcion infantil obtuvo el premio, no del estilo, sino el del candor y la sinceridad descriptiva.—Dos maestros queridos y venerados, cuyo recuerdo no han conseguido borrar de mi memoria las vicisitudes de la vida, llamados el padre *Béquet* y el padre *Varlet*, y que estaban de profesores en las clases literarias de los Jesuitas, me demostraron desde aquel dia una predileccion casi paternal, y sería un ingrato si me olvidára de ella.—Se puede cambiar de ideas; pero no debe cambiarse de corazon.

Dichos profesores que tanto quiero, cultiváronme con la mas tierna solicitud, porque era una criatura que prometia al menos un amor instintivo por las letras, y ellos eran idólatras del bello estilo.—A mi mismo (debo confesarlo hoy con toda humildad), me admiró y satisfizo la fidelidad del cuadro que habia hecho de mi aldea natal, entre sus pobres colinas calcinadas; y concebí una especie de estinacion de mí, tan seria como precoz.—Leí y releí veinte veces mi primera composicion; se la envié á mi madre, por orden de mis maestros, y la leyeron á fin de año en la ceremonia pública de la reparticion de premios en el colegio de los Jesuitas, ante las madres y los niños que la aplaudieron.—Nunca se borraba de mi memoria enteramente, y cada vez que abria el cajon del pupitre de mi madre, la leia toda entera con una alegre satisfaccion por mi precocidad.—Me atrevo á decir que de mis numerosas obras, tal vez esa niñeria es la que me ha dado la conciencia anticipada de mis fuerzas.—Sentí lo que siente un aprendiz de pintura cuando echa la espuma de la paleta de su maestro en la pared del obrador, y que se encuentra con que aquellas manchas han formado algo que se asemeja á un cuadro; entonces se convence de que es pintor, y se admira de sí mismo, en vez de admirar la casualidad, que es la que lo ha hecho.

XI.

Una de esas circunstancias que engendraron en mí un vago sentimiento literario, se me viene aun á la memoria, y me gusta el recordarla cuando me pregunto á mí mismo, dónde he ad-

quirido el instinto y el gusto de las cosas intelectuales.

A poca distancia del rústico caserío de mi padre, hay una montaña totalmente aislada de los otros grupos de colinas, y que se llama, derivándose sin duda de su antiguo nombre latino, *Mons arduus*, la montaña de *Monsard*.—Sus escarpados flancos están llenos de piedras que ruedan á menudo; y las chinias se deslizan bajo nuestra planta cuando se trepa por ella, como el ruido que producen las olas, cuando al retirarse de la playa, arrastran en su reflejo las conchas y los mariscos que decoran la arena.

Estrechos é imperceptibles senderos que las cabras barren sin cesar, conducen por revueltas algo menos pendientes á la cúspide de ella.—Allí se alzan las rocas grises enteramente descarnadas en sus cimientos, y talladas por la naturaleza, el tiempo, la lluvia y los vientos, en formas extrañas, como otras tantas almenas de una fortaleza desmantelada.

Tres de ellas tienen la forma de nidos, ó por mejor decir de palpitos de catedral, como si la mano del hombre se hubiera entretenido en preparar, en aquel sitio desierto, tres asientos ó tribunas de solitarios para hablar de Dios con los elementos.—Los tres sitios están unidos los unos á los otros como los asientos de un coro de iglesia, y forman una fachada semicircular que mira hácia el Oriente: de modo que los pastores ó el fatigado cazador que se coloque en ellos para resguardarse del viento, puede verse oblicuamente los unos frente á los otros, y hablar aun en voz baja sin que el movimiento del aire en aquellas altas regiones, se lleve las palabras que pronuncian.

Tan solo hácia el Oriente es donde puede estenderse la mirada: aquel panorama es tan vasto, como un horizonte del Océano; deslizándose despues por las colinas y los pueblos que separan aquellas montañas del lecho del Saona, hasta que se divisa su cinta de plata que se estiende como un lienzo blanco sobre la yerba, en las praderas casi holandesas de la Bresse pastoral.

Mas allá se eleva la vista para admirar los costados negruzcos del Jura; y no se detiene hasta que llega á las aéreas y nevadas cimas de los Alpes.—Allí, la imaginacion, ese telescopio sin límites del alma, se precipita en las llanuras de la Italia y en las lagunas del Adriático.

Se goza en aquellas alturas del mas completo y eterno silencio; el ruido de los valles no llega hasta allí; ni se oye mas que la caída accidental de los mariscos petrificados que un movimiento de nuestra planta hace rodar hasta los cimientos de la montaña; ó los imperceptibles silbidos de la brisa cuando pasa temblorosa sobre los tallos de la fina y aguda yerbecilla que horada las piedras como si cada tallo fuera una lanza; formando mas pronto un dulce acompañamiento que una interrupcion, para los grandes pensamientos que nos inspiran los sitios elevados.

XII.

Mi padre, que habia descubierto aquel sitio tan elevado como inaccesible, á causa de su passion favorita, que era la caza, se iba á él despues de comer, cuya hora era á las dos, y se llevaba un libro para pasar en la sociedad de un grande ó amable espíritu, las tardes interminables de los dias de verano; conduciéndome á menudo en su compañía, cuando á la edad de diez ó doce años, dejaba el colegio por el regazo de mi familia.

Desde que se sentaba y abria su libro, me entretenia agradablemente al pié de las almenadas rocas, en escoger entre las piedras rodadas las mas hermosas petrificaciones marinas, ó en tejer canastillos para mis hermanas con esos juncos que crecen sin agua ninguna en las áridas praderas.—Luego oíamos por el lado opuesto de la montaña al que habíamos trepado, unos pasos lentos y mesurados, que hacian rodar casi á nuestros piés las secas piedras del terreno.—Otro huésped de la montaña aparecia, por último, con su libro en la mano, secaba su frente manchada por el sudor y los polvos blancos, y mirando mi monton de conchas, me explicaba cómo

la gran marea de los siglos las había llevado hasta allí; despues saludaba á mi padre con una cordialidad tal vez algo ceremoniosa, y se sentaba en el segundo sitio de la roca.

XIII.

Aquel asiduo visitador de la montaña se llamaba Mr. de Vaudran.

Era un hombre de cincuenta á sesenta años, y quinto hijo de una numerosa y notable familia de nuestro país, llamada de los *Bruys*.—Se apercebía la casa de aquella gente patriarcal, rodeada de azoteas y parterres, al pié de la montaña de *Monsard*, al borde de un camino lleno de polvo, y cercada por el opuesto lado de prados llenos de bosquecillos, y regados por un arroyuelo.

Esta familia había colocado á varios de sus hijos en los mas altos puestos de la monarquía, antes de la revolucion; y la aptitud de aquella raza en los negocios y en las letras era proverbial entre nosotros.—Sus hermanas no les iban en zaga á los varones, tanto por su talento, como por su carácter: la mas pequeña cuenta noventa y cinco años, y vive en la misma casa que veía blanquear en la época en que escribo estas líneas. ¡No ha perdido ni la mas pequeña parte de esa gracia del corazón, ni la sonrisa del talento! El tiempo la ha agobiado, pero ¿qué es lo que no deteriora este? Es un espejo viviente del pasado, que mora en el dominio y sobre las tumbas de sus hermanas; y todo el mundo desea el encontrarla al amanecer, en donde estaba la noche anterior.

XIV.

Mr. de Vaudran había dirigido uno de los ministerios mas importantes del reino, á principios del reinado de Luis XVI.—Relacionado con el Señor de Malesherbes y con los políticos y escritores mas ilustres, que fueron decapitados en 1793, había caído con la monarquía.—Primero prisionero, luego proscrito, y por último, amnistiado por la inestabilidad de las circunstancias revolucionarias, habíase quedado á seco en la orilla de aquel proceloso mar, como un despojo de la tempestad, en el pequeño dominio de sus padres.

Vivia como un filósofo al lado de sus hermanas, suspendido por sus opiniones y sus recuerdos, entre dos épocas; dotado de un talento superior, una profunda erudición y una elocuencia tan sóbria y justa como los asuntos que había tenido á su cargo; teniendo además en sí mismo la suficiente ocupación para soportar la ociosidad, que es el suplicio de las almas vanas.

De todos los bienes que poseía en Paris, tan solo había salvado su biblioteca; y la tenía colocada en una de las habitaciones altas de la casa de sus hermanas, como su mas rico tesoro; y en ella se consolaba, porque los libros son unos consoladores mudos, que poseen un bálsamo benéfico para todas las heridas.—De la vecindad y la semejanza de sus contratiempos, había surgido entre él y mi padre una especie de inclinación, que si no era precisamente la amistad, era un respeto recíproco que le daba un tinte magestuoso, algo frío á primera vista, y una apariéncia reservada en sus relaciones.—Pero aquellos hombres se buscaban á pesar de su reserva, como dos caracteres contrarios por un sentimiento pundonoroso de su ingenuidad.—Se habían encontrado un día, por casualidad, en aquel sitio solitario, impulsados instintivamente hacia la soledad y la contemplación; y habían pasado largas horas conversando y leyendo alternativamente cosas agradables; al otro día se encontraron nuevamente sin sorpresa, y luego sin citarse nunca, se reunían en el mismo sitio casi diariamente.

XV.

En la figura de Mr. de Vaudran estaba impresa toda su vida: era noble, fino y algo estirado.—Sus ojos conservaban un fuego amortiguado por las desgracias, y en sus labios campeaba ese pliegue que demuestra el desdén filosófico para el destino que se soporta; pero que se desprecia al mismo tiempo.—En su fisonomía se leían las

célebres palabras de Maquiavelo sobre la fortuna. « ¡Doy curso á su malicia, satisfecho de verme pisoteado por ella, para ver si se avergüenza por último!..... »

Su voz era grave, sus espresiones escogidas; su política algo acompasada, representaba en nuestras montañas la corte de Versalles: su traje anunciaba el hombre de distinción que respetaba su pasado en la decadencia, y sus cabellos se alzaban ensortijados sobre sus sienes.—Alrededor de su sombrero se extendía una presilla negra con su broche de plata; su frac gris, con botonadura de acero tallada en forma de faceta, se abría sobre un chaleco con bolsillos de grandes dimensiones; sus zapatos se ajustaban sobre el tobillo por medio de corchetes de plata; y por último, llevaba habitualmente en la mano un junco con puño de oro.

XVI.

Apenas se sentaba en el sitio de la roca, mas cercano del que ocupaba mi padre, se oían las pisadas mas ligeras de otro huésped que subía lentamente la montaña como el anterior, notándose en sus pasos mas resolución; y poco despues veía dibujarse bajo aquel firmamento azul, el redingot negro de un hermoso jóven, que bajo el traje de eclesiástico, dejaba adivinar la estatura y el varonil esfuerzo de un militar.—Una escopeta de dos cañones, que brillaba en sus espaldas heridas por los rayos del sol; un látigo de caza, que daba vueltas entre sus manos; un sombrero redondo, que dejaba algo descubierta su espaciosa frente y su negra cabellera, y sus fuertes botas armadas con espuelas de plata, demostraban en él, mas pronto el cazador y el caballero, que el ministro del Señor.—Su figura tenía la franqueza viril del soldado; pero su mirada penetrante, su boca pensativa y sus mejillas enflaquecidas por el estudio, anunciaban al mismo tiempo el hombre intelectual dotado de un corazón sensible hasta la melancolía.—Sus dos lebreles, de pelo encrespado, me conocían y se acostaban á mis piés en la caliente yerba, y yo desataba sus collares para que el ruido de sus cascabeles no me impidiese el escuchar la lectura ó la conversacion de los tres amigos.

XVII.

Este último huésped era el abate Dumont, sobrino del anciano sacerdote del pueblecito de Bunieres, cuyas casas veíamos blanquear al pié de la montaña entre las viñas y los cañamares.

Dicho jóven nacido sin duda para otra carrera, había sido secretario del obispo de Macon, que era todo un literato; y luego fue continuado por la revolucion en el pobre presbiterio de su tío á quien debía suceder mas tarde.—Se consolaba con la caza, la lectura y la sociedad de Mr. de Vaudran y mi padre, compañeros del adverso destino que le había cerrado el palacio episcopal; condenándolo á la vida oscura de un sacerdote de aldea.—Poseía gustos tan nobles como elegantes á pesar de su miserable fortuna; adoraba á mi padre como á un modelo de hidalguía y lealtad, y hablaban de la corte, de las guerras y de la caza.—Amaba también á Mr. de Vaudran, que le había abierto su biblioteca, y principiaba á amarme, aun siendo niño; y esa amistad que se hizo mútua cuando los años nivelaron nuestras edades tan diversas en aquel tiempo, ha quedado gravada en lo mas recóndito de mi corazón; y desde que lo he perdido para siempre, nunca se presenta su recuerdo en mi memoria sin que le tribute una lágrima.

(Se continuará).

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Historia del descubrimiento de los globos areostáticos.—Principios físicos sobre los cuales se apoya; estado de su conocimiento al efectuar aquel los hermanos Mont-

golfier.—Efecto que causaron las ascensiones de los globos, así entre los académicos de Francia, como entre las masas.—Origen de esta invencion.

La historia de los globos areostáticos, de esos aparatos tan sencillos como ligeros, con los cuales se lanza el hombre al seno de la inmensidad, recorriendo altas regiones antes inaccesibles para él, y en las cuales solo reina un silencio absoluto y eterno, si bien no ofrece vivo interés, porque los globos hasta hoy, á pesar del tiempo trascurrido desde su invencion, no se han prestado á importantes aplicaciones, no por eso es menos curiosa que la de otros descubrimientos, ni puede considerarse como estéril, porque sus páginas nos ofrecen adecuada ocasion para consignar varios principios físicos, que importa gravar en la memoria, y que conocidos perfectamente en 1783, al encontrar una confirmacion práctica con el descubrimiento de los globos areostáticos, no por eso dejó esta de cautivar y sorprender á los que desconocían los principios físicos que daban aparato al hombre para desprenderse de la tierra, sino lo que parecería paradójico, si no lo consignase la historia, á los miembros de las sociedades científicas, que en sus estudios y esperiencias tenían la llave de las regiones aéreas, y que se la dejaron arrebatada por dos fabricantes de papel, hoy célebres, tanto por el descubrimiento de que vamos á tratar, como por otras utilísimas y sabias aplicaciones que la industria les debe.

En el año ya citado (1783), merced á la nueva senda á que venía amoldándose por largos años, la filosofía experimental, era sabido que el aire, no por ser invisible, dejaba de ser pesado, y que este peso, como el de todos los cuerpos, podía apreciarse por el empleo de una balanza. Tampoco se ignoraba que segun la presión que actúa sobre el aire, ocupa volúmenes diferentes, y que la presión ejercida sobre él influye sobre su densidad, y por consiguiente sobre su peso; en una palabra: se sabía que el aire era *compresible*, y por consecuencia, de *densidad y peso variable*. Era á mas hecho averiguado, que las capas de aire que constituyen la atmósfera, ejercen unas sobre otras, presiones que varían con la altura de las mismas, resultando de aquí, que la densidad de las capas atmosféricas es distinta segun las diferentes alturas que ocupen. Tampoco se ignoraba, que la presión que actúa sobre el aire se trasmite en todos sentidos; es decir, que la fuerza con la cual tiende aquel á adquirir una densidad menor, ó sea su fuerza *elástica* es igual, en el supuesto de una temperatura constante, á la presión que experimenta; de suerte que una de las capas inferiores de la atmósfera ejerce á su alrededor presiones iguales, á las que sobre ella desarrollan el conjunto de todas las capas superiores que gravitan sobre la capa á que nos referimos.

En la misma época, era doctrina evidenciada, que todos los cuerpos, cualquiera que sea su densidad, al caer en el vacío, lo efectúan con una misma velocidad, llegando al propio tiempo al término de su caída; si así no sucede en la atmósfera, en el espacio no vacío, y si al caer los cuerpos vemos que lo efectúan en tiempos distintos, es debido á la resistencia que les oponen el aire, ó los líquidos en que caen; resistencia que para una misma cantidad de materia, varía en razon del volumen que esta mide, ó del espacio que ocupa. Se había demostrado igualmente, respecto á esta resistencia, que tomando una balanza para equilibrar en uno de sus platos el peso de un cuerpo suspendido al otro plato de la balanza, si exige para mantenerse en equilibrio este aparato un kilógramo cuando el cuerpo se encuentre en el vacío, no exigirá el mismo peso, cuando aquel se halle suspendido en la atmósfera, disminuyendo sucesivamente el peso preciso para el equilibrio del mismo, al reposar el cuerpo que consideramos, primeramente en el agua y despues en el mercurio. Por consiguiente el cuerpo pierde una parte de su peso, en cada una de las esperiencias que hemos supuesto, pérdida que guarda relacion con la densidad del fluido ó líquido en el cual reposa. Se sabía á la par, que

el peso así perdido por aquel, era igual al peso del volumen del líquido que desplaza, y que si el cuerpo en su totalidad cuenta con un peso menor que el que corresponde á un volumen del líquido igual al del cuerpo, este no desplaza un volumen del líquido igual al suyo, y si solo un volumen líquido del mismo peso que su propio peso, y por consiguiente, que en este caso el cuerpo flotará en el líquido en que se sumerja.

Los principios que hemos espuesto, dignos de estudio y base, sobre la cual reposan infinitas y utilísimas aplicaciones, de las cuales hoy nos es imposible ocuparnos, era sabido, en la época á la que venimos refiriéndonos (año de 1783), que eran ciertas, lo propio respecto á los líquidos, que al aire; con la sola diferencia, de que la densidad varia mucho mas en las diversas alturas de las capas aéreas que en las de una masa líquida, diferencia que no se oponía á que se comparase la atmósfera en sus distintas capas, con los órdenes que ocupan líquidos de diferentes densidades sobrepuestos en un mismo vaso. Esta es, en efecto, la imagen que representa el arreglo que reina en la inmensidad aérea: las nubes flotan en caprichosas formas, no sobre la superficie de Occéano aéreo que cubre la tierra, y si apoyadas sobre la última capa de aire, cuya densidad, á igualdad de volúmenes, es sensiblemente igual á la de las nubes, ó bien menor que la de las capas de aire de situación inferior.

Digamos también, antes de concluir, la breve reseña que escribimos para evidenciar cuál era el estado de los conocimientos físicos, cuando los hermanos Montgolfier asombraron á los ignorantes y sorprendieron á los sabios con la ascension de sus globos, que se conocian los diversos medios, por los cuales se puede obtener la rarefaccion del aire, ó sea su disminucion de densidad, y por consiguiente de peso. Uno de ellos, deduccion de los principios espuestos anteriormente y del cuál las capas superiores atmosféricas nos ofrecen eterno ejemplo, es el de disminuir la presion que actúa sobre el aire; siendo otro de ellos, el aumentar la fuerza elástica del aire, elevando su temperatura, puesto que el aire, como todos los cuerpos, se dilata bajo la influencia de la calor, tiende á ocupar mayor volumen, y como disminuye de peso, asciende en la atmósfera hasta que encuentra en esta una capa de aire, de una densidad sensiblemente igual á la suya. La ascension á la cual nos referimos, origina el tiro de las chimeneas, porque nuevas cantidades de aire frío reemplazan las del aire enrarecido, cuya ascension, conocida en la época á que venimos contrayéndonos, era y es visible, por el humo que arrastran consigo.

Tal era el resumen de los conocimientos científicos, cuando en 5 de junio de 1783, José y Esteban Montgolfier, fabricantes de papel en Annonay, Francia, lanzaron el primer globo areostático en el espacio, hasta entonces solo surcado por la golondrina y el águila, y de cuyas regiones anhelaba apoderarse el hombre, contemplando con pesar el vuelo de las aves, sin paramientos en que encerrados en los principios físicos que conocia y que hemos espuesto, se encontraban las llaves del inmenso Occéano que deseaba recorrer. Los cuerpos flotantes le demostraban el por qué era dueño del mar y de los rios, y el humo, al ascender á la atmósfera, y las nubes que recorrían apoyadas en ligeras capas de aire el espacio que pretendia dominar, nada decían á su imaginacion, que se empeñaba en desconocer los fáciles y sencillos medios con los cuales podia y debia surcar la inmensidad. Así es, que al enterarse la Academia de ciencias de París, de la invencion de los hermanos Montgolfier; al saber que el aparato por ellos construido lleno de un gas mucho mas ligero que el aire que constituye las capas inferiores de la atmósfera, se habia elevado y recorrido el espacio que cruzan las aves, si bien comprendió lo satisfactorio de tal solucion, no pudo menos de sentir rubor al notar que examinaba una invencion con la que desde luego no solo estaban conformes todos sus miembros, sino que no comprendian cómo no se

habia realizado antes, y por qué motivos no habia encontrado existencia en la imaginacion, no ya de los académicos, sino de cuantos conocian los principios físicos y podian observar los fenómenos atmosféricos.

Digamos en honor de los hombres científicos, que fueron bastante sinceros para no ocultar su sorpresa por no haber descubierto antes que los fabricantes de Annonay, que globos constituidos de tejidos ligeros é impermeables y llenos de aire caliente ó enrarecido podian elevarse en la atmósfera en virtud de su menor peso, comparado con el de las capas inferiores de aquella. Así es, que al saber que un globo de tela forrado de papel de 36 metros de circunferencia, y que pesaba 210 kilogramos ascendia en el espacio, Lalande, uno de los académicos, nos manifiesta cuál fué la espresion que formuló, los sentimientos que embargaron á los individuos de la Academia de ciencias de París.—«Así debe suceder. ¿Cómo no se ha realizado antes esta concepcion?» En efecto, antes de que los Montgolfier practicasen su descubrimiento, Black, profesor de fisica en Edimburgo, estableció en sus lecciones (año de 1767) que una vejiga llena de hidrógeno se elevaria naturalmente en la atmósfera, y aunque intentó efectuar esta esperiencia, no lo hizo por que la consideraba como una simple recreacion. En 1782, Cavallo, dió conocimiento á la Sociedad real de Lóndres de las esperiencias que habia efectuado, y que consistian en llenar de hidrógeno esferas de jabon, que por si mismas se elevaban en la atmósfera, por ser mas ligero que el aire el gas que contenian. Vemos, pues, y es imposible la duda respecto á este punto, que otros antes que los hermanos Montgolfier, concibieron, mas no realizaron, la idea de los globos areostáticos, y solo cuando estos con su descubrimiento admiraron á los pueblos, contrayendo sobre aquel la atencion de los sábios, se recordaron las lecciones de Black, las esperiencias de Cavallo y de otros muchos, entre los cuales por el trágico fin que alcanzó, citarémos al portugués Bartolomé de Guzman, que al pretender ejecutar una ascension en Lisboa en tiempo del Santo Oficio, fué encerrado en un calabozo en el cual terminó sus dias.

Hemos manifestado cómo habian juzgado los hombres científicos, coetáneos de los Montgolfier, su descubrimiento; ahora creemos conveniente esponer las diferentes versiones que sobre el origen del mismo tomaron cuerpo entre las masas, porque probarán lo que en una de las lecturas pasadas manifestamos, respecto á las diversas anécdotas que acompañan siempre á la historia de las invenciones y descubrimientos. Segun afirmaban unos, los descubridores de los globos areostáticos, habian procurado realizar su idea, animados por el deseo de ofrecer á los Españoles y Franceses que en 1782 sitiaban en vano la inaccesible fortaleza de Gibraltar, medios para someter esta plaza; y si nos atenemos al dicho de otros, el deseo de explotar los fondosos bosques de Vivarais, lo cual era imposible por las vías fluviales y por los caminos, fué el origen del descubrimiento que nos ocupa. Inútil nos parece indicar que los principios físicos que conocian los fabricantes de papel de Annonay, la asiduidad y constancia con que procuraron traducir en la práctica aquellos principios, y el estudio y contemplacion de la atmósfera, fueron el origen de su descubrimiento, como manifestarémos en nuestra próxima lectura, en la cual nos ocuparémos de la construccion de los globos, de sus accesorios y de las diferentes ascensiones que se han efectuado, en interés de los adelantos científicos.

Las tres figuras que acompañan esta lectura, representan las operaciones preliminares para efectuar una ascension areostática; el acto en que suelto el globo se lanza al espacio, y la aplicacion del aparato denominado *paracaidas*, por cuyo medio, en virtud de la resistencia que le opone el aire, puede el aeronauta abandonar el globo, y moderar la velocidad de su caída, segun tendremos ocasion de esplicar en el próximo número de nuestro SEMANARIO.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Como hemos comunicado á nuestros lectores, el principado de la Servia acaba de sufrir una revolucion de serias consecuencias. Los últimos despachos telegráficos nos han ido noticiando sucesivamente que las tropas servias no habian podido auxiliar al príncipe Alejandro, continuando este en una fortaleza, bajo la salvaguardia de los Turcos; que los miembros del Senado no se hallaban de acuerdo sobre la eleccion de su sucesor; que los refugiados políticos habian sido amnistiados, estando mas adelante acordes la Skupschina y el Senado en el establecimiento de un gobierno interino; que el Austria reforzaba la guarnicion de sus fronteras para estar preparada á cualquier evento, y en fin, que despues de algunos dias habia podido retirarse á Viena el príncipe destituido. El anciano Milosch quedaba reinando.

A pesar de haber ya entrado aquel país mas en su estado normal, cambiada de todos modos la dinastía en la persona de Milosch Obrenowitch, la atencion de la Europa continúa puesta sobre la Servia, esperando ver consolidado el nuevo gobierno, ó los resultados de las diversas actitudes que tomen las principales potencias.

Entretanto creemos conveniente recordar á nuestros lectores los antecedentes políticos del país servio, y de los últimos príncipes que le han regido, á fin de que puedan apreciar mejor la importancia de los sucesos que el trascurso del tiempo fuere desarrollando.

El principado de la Servia, dice una correspondencia particular de París muy reciente, comprende un millon de habitantes que desde 1842 estaban administrados por el príncipe Alejandro Kara-Georgewitch. El célebre Czerni-Jorge, obtuvo desde 1804 á 1809 el que la Puerta le reconociese como príncipe independiente de la Servia; pero en 1812 la Servia tuvo que reconocer la soberanía de la Turquía á consecuencia de la paz de Bucharest. En 1816, Milosch Obrenowitch, príncipe de la Servia, logró que la Turquía le respetase despues de una cruda guerra, en la que Milosch demostró mas talento que valor. Pero despues murió su competidor Czerni-Jorge, y la Asamblea de los nobles y de los obispos, le proclamó príncipe hereditario de la Servia. En 22 de noviembre de 1830, un *hatti-scherif* del sultan Mahamoud reconoció la independencia administrativa de la Servia bajo la garantía de la Rusia. El gobierno de Milosch con sus injusticias, con la venalidad en todos los ramos de la administracion, fué una verdadera arbitrariedad: entonces comenzaron las conspiraciones, y habiéndose salvado de la que urdió el general de mas importancia en el país, mandó traducir al pié de la letra la Constitucion francesa de 1830, y con esto creyó haber acallado á sus émulos y sus adversarios.

Sin embargo, muy lejos de ser así, el hijo de Milosch que habia sucedido á su padre en el trono servio, fué en 1842 declarado caido de él por la Asamblea nacional, quien confirió su dignidad á Alejandro Kara-Georgewitch, hijo del mencionado Czerni-Jorge, que ahora ha tenido que ceder su puesto al príncipe Milosch Obrenowitch llamado por la misma Asamblea. Una revolucion le subió al trono y otra revolucion le ha lanzado de él, demostrando así las revoluciones cuánto influyen en el destino de los altos personajes.

Si atendemos ahora á los acontecimientos ocurridos en otros puntos del globo desde nuestra última revista, no podremos menos de comunicar á nuestros lectores la grave sensacion que produjeron en gran parte de la prensa europea, ciertas palabras dirigidas por el emperador Napoleon III al embajador de Austria en París, en la recepcion de las Tullerías el día 1.º del año. Hé aquí las palabras que pronunció S. M. I., segun *El Constitutionnel*: —«Siento, Mr. de Hubner, que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean tan buenas como lo eran hace algun tiempo; sin embargo, os ruego digais al emperador que mis sentimientos personales hacia él no han cambiado.»

La anterior declaracion del emperador Napoleon, no solo ha sido considerada como de cierta gravedad, sino que muchos círculos políticos ven en ella una amenaza de guerra. Sobre todo los periódicos británicos se han entregado á tan diversas como numerosas conjeturas. El *Globo*, el *Morning-Herald*, el *Morning-Post*, el *Morning-Star*, el *Times*, el *Morning-Chronicle*, cada uno ha dado version diferente al incidente de las Tullerías, espresando sus deseos ó sus temores con relacion á un rompimiento europeo. El *Daily-News* ha creído ver ya á un poderoso ejército francés atravesando los Alpes para castigar la dureza con que el Austria trata á la jóven Italia. Pero en medio de estos temores, despues de mil distintas conjeturas, el *Moniteur* aparece con una nota tranquilizando á la Europa sobre los temores de guerra, y añadiendo que nada ha ocurrido en las relaciones diplomáticas que justifique tan infundada alarma. La telegrafia eléctrica, aun antes de que el *Moniteur* saliera de Paris para las cortes y los pueblos de Europa, anunciaba velozmente por todas partes los deseos de tranquilidad general que animan al emperador de Francia. ¡Quiera Dios que las necesidades de los pueblos, los agravios de los gobiernos, los instintos de la lucha, cedan todos á los halagos de la paz, no viéndose conmovida la Europa con el estruendo de las armas y las desdichas de la guerra!

JANER.

REVISTA DE TEATROS.

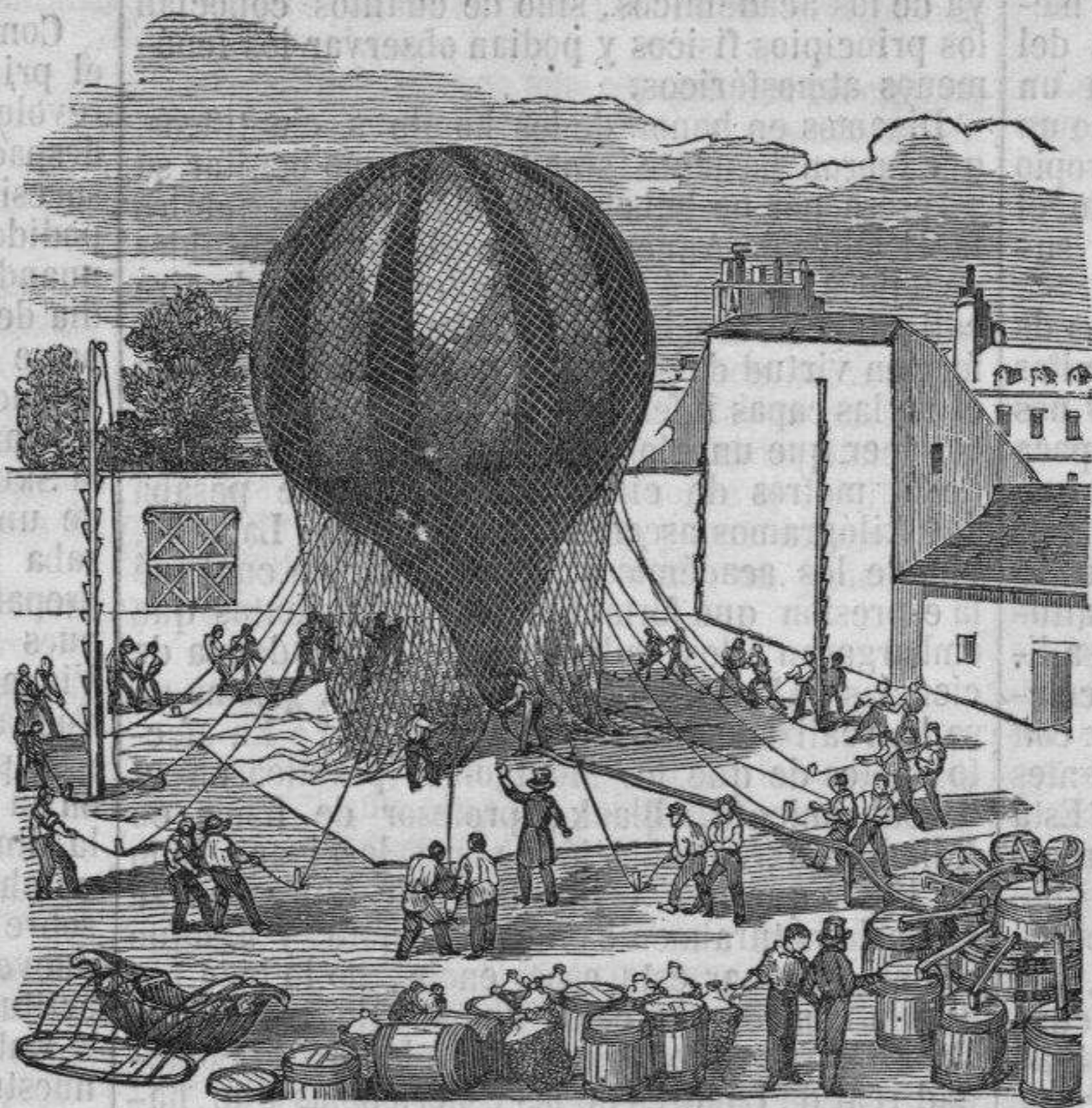
Durante la semana que acaba de pasar, todos los teatros de la coronada villa y corte de Madrid han ido sosteniendo sus entradas con las producciones que estrenaron la noche de Navidad, lo cual quiere decir, que el coliseo del Principe ha seguido poniendo en escena el drama del Sr. Escriche, titulado *El Cura de aldea*, que últimamente ha tenido el señalado favor de que S. M. la Reina se haya dignado honrarle con su presencia.

En el teatro de Novedades tambien han continuado las representaciones del drama del Señor Fernandez y Gonzalez, *Cid, Rodrigo de Vivar*, en cuya ejecucion se ha distinguido tanto la Señora Rodriguez.

En el teatro de la calle de Jovellanos ha seguido con no interrumpido favor por parte del público la zarzuela titulada *El Juramento*, en la que la Señora Mora y el Señor Obregon son tan aplaudidos.

El del Circo es el único que ha renovado sus carteles, sustituyendo á las funciones de pacotilla de la Pascua la comedia en tres actos y en verso del Sr. D. Narciso Serra, *La Calle de la Montera*, y estrenada á beneficio del primer actor D. Julian Romea. La circunstancia de entrar este número en prensa pocas horas despues del estreno de dicha obra, nos obliga á dejar para el inmediato el ocuparnos de ella, no queriendo aventurar un juicio que tal vez pudiera ser equivocado. Únicamente nos limitaremos á dar cuenta de su éxito, diciendo á nuestros lectores que no pasó de mediano. El primer acto gustó mucho, y el público llamó al autor al final de él, pero no se presentó. Los actos segundo y tercero decaen lastimosamente, por lo cual fueron recibidos con bastante frialdad. A pesar de todo, el público no dejó de aplaudir la chispeante gracia del diálogo, y la facilidad admirable con que toda la comedia está escrita, lla-

mando á su autor al palco escénico á la conclusion de la obra.



GANOT.—Física.—Operac. prelim. para la ascen. de los globos aerostáticos.

Tambien se estrenó en die' a noche la comedia en un acto *Las Lágrimas del cocodrilo*, traduccion de la conocida en francés con el título de *Les Femmes qui pleurent*, y la cual fué silbada sin compasion alguna, y con mucha razon, á nuestro entender, puesto que no puede darse cosa mas tonta. ¿En qué piensa la empresa del teatro del Circo, que tan á la ligera admite obras cuyo éxito puede comprometer la reputacion artística de sus actores, esponiéndolos además á un desaire de parte del público? Ese es el resultado inmediato del sistema de pandillaje, sistema que consiste en que ciertas empresas no admiten otras obras que las de sus paniaguados ó camarilleros, y que tan perjudicial es á las empresas mismas. Volveremos á ocuparnos de esta cuestion con mas tiempo y espacio del que tenemos hoy.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Espedicion al Riff, su importancia, necesidad y conveniencia, por D. Ruperto de AGUIRRE. En 8.º Madrid, 1858.

Este breve opúsculo tiende á demostrar, lo mismo que indica su título, la oportunidad y aun urgencia de una espedicion, dirigida por el Gobierno español, á rechazar los Moros que asedian tenazmente, con oprobio de nuestro pabellon, las posesiones litorales españolas del Africa, bañadas por el Mediterráneo. Despues de presentar los datos estadísticos, concernientes al imperio Marroquí y demás reinos y tribus subalternas, que pueblan el extremo del continente, desde el cabo Espartel hasta la Argelia y el Sahara, discute la posibilidad y utilidad de rechazar las hordas híbridas de las degeneradas razas semitas de la antigua Mauritania, ocasionando en sus fértiles asientos actuales, una nueva civilizacion, favorable á nuestras glorias y nacional prosperidad. El mapa particular, que acompaña á la obra, deja desear algunos pormenores, y ofrece mas de una incorreccion; pero el pensamiento, que preside al trabajo, nos parece muy sano y nada impracticable.

FRANCISCO GAYOSO.

El Libro de los Cantares, por D. Antonio de TRUEBA. 4.ª edicion, en 12.º Madrid, 1858.

Muy bien ha comprendido el autor de estas poesías, como lo muestra en su simpático prólogo (el de la 2.ª edicion reproducido) las dotes propias de un poeta popular sin pretensiones. Al señalar esta calificacion al escritor, no queremos rebajar en nada el mérito del literato, cuya tarea es tanto mas difícil, cuanto mas trate de acercarse en el estilo y en la invencion y direccion del pensamiento á la naturaleza; cuanto mas trate de hacerse inteligible á la mujer y al niño, esas dos criaturas, que Dios formó para embelesar nuestra vida con los atractivos de la sensibilidad y la inocencia.

Tampoco aspira á otra cosa el autor en sus ligeras y graciosas composiciones de sencillo argumento, tomado siempre de la vida comun y situaciones morales del pueblo; pero s'empre con una verdad tal, y tan marcada fidelidad á su objeto, que tendríamos por inoportuno reparo tacharle el descuido rítmico, que algunas veces afecta su pluma, pero que nunca sienta mal, dado el género poético que cultiva, y la riqueza de naturalidad y propiedad, que se gana á costa de tan escaso sacrificio. La variedad de metros de este trabajo es siempre natural y oportuna.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Résumé historique de l'exploration du Dr. Vogel, dans l'Afrique centrale, par Mr. V. A. MALTEBRUN. Paris, chez Arthus Bertrand.

Este trabajo, estraido de los *Nuevos Anales de los Viajes*, describe los verificados desde 1853 á 1856, en el Africa central, por el doctor Vogel. Sabemos que éste fué enviado por la Inglaterra para tomar parte en la mision exploratoria, á cuyo término sucumbió Richardson, y cuya direccion fuera confiada al Dr. Barth. Monsieur Vogel ha recorrido, pasando por mil peligros, las regiones del Africa central. Actualmente una dolorosa incertidumbre nos queda solo acerca de su suerte. Conforme á noticias recibidas hace un año, hubo de ser muerto por el Scherif Waday; segun otras relaciones, solo quedó prisionero. La Inglaterra ha promovido ulteriores investigaciones. Esperamos se confirme la segunda opinion, y que Mr. Vogel pueda, como Mr. Barth, volver á Europa á recoger el fruto de sus trabajos, que Malte-Brun ha resumido en una narracion llena de interés.

Comédies en vers, par Mr. Camille DOUCET. 2 vol. in-8º, Michel Lévy.

Mr. Camille Doucet acaba de reunir en dos volúmenes la parte de sus obras dramáticas escritas en verso. Esperamos sea acogida esta publicacion tan favorablemente como la representacion de las piezas. Elegancia, delicadeza, observacion madura; tales son las cualidades que hacen recomendable al autor, quien indudablemente no ha dicho aun su última palabra. Lo que más se debe reparar en Mr. Doucet, es un esmero muy especial en la forma, que cada vez suele verse mas descuidada, mayormente en el teatro, donde suelen suponer que la multitud de elementos accesorios pueden reemplazar la ausencia de composicion y estilo.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, — editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 49.—*Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 53.—*La Luz del Cementerio*, por Federico Utrera, pág. 55.—*Viaje á China*, por Lord Macartney, pág. 58.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 60.—*Lecturas científico-industriales*, pág. 62.—*Crónica estranjera*, pág. 63.—*Revista teatral*, pág. 64.—*Bibliografía española*, pág. 64.—*Bibliografía estranjera*, pág. 64.